

JOSÉ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, S. J.

1911/1961

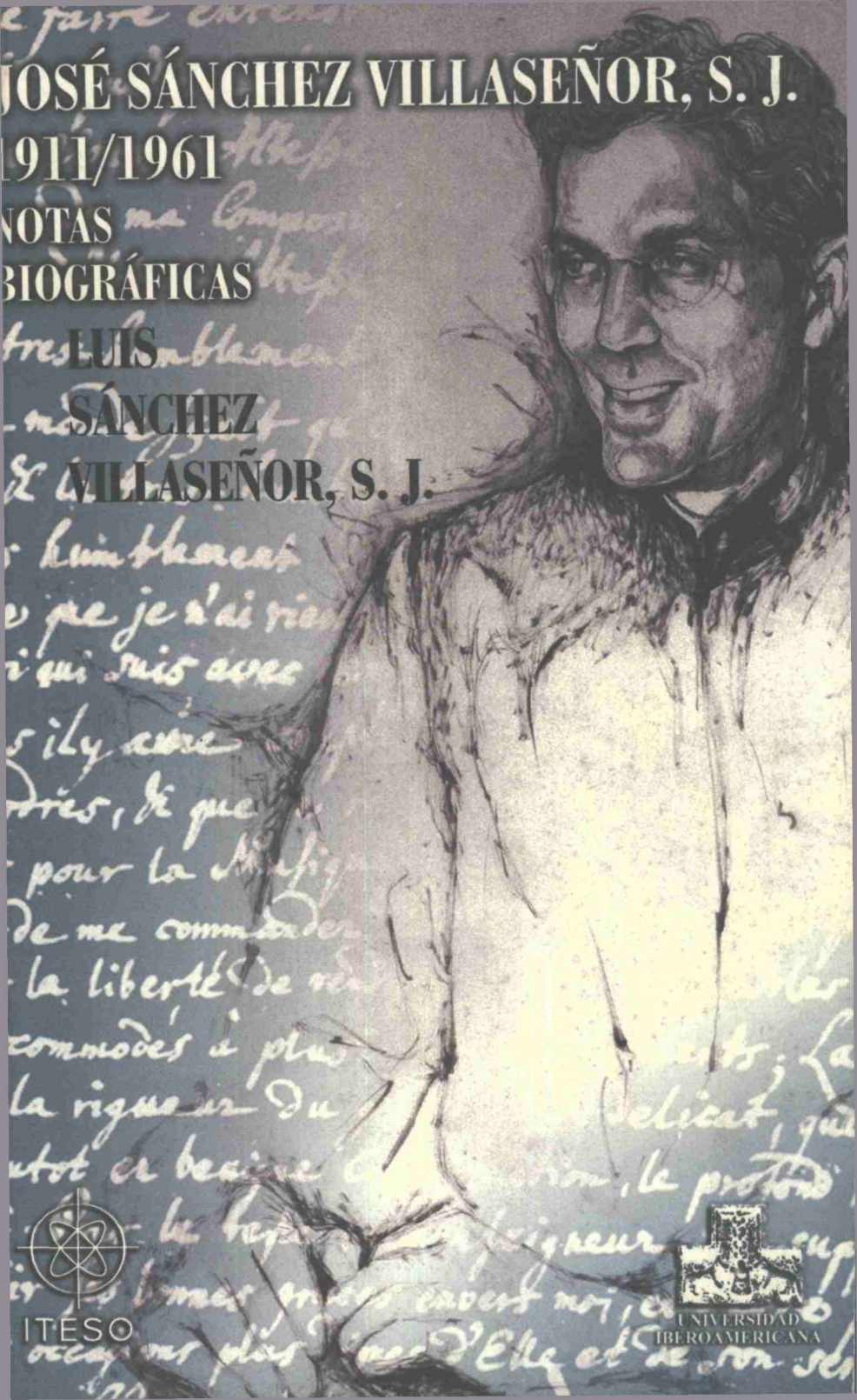
NOTAS

BIOGRÁFICAS

LUIS

SÁNCHEZ

VILLASEÑOR, S. J.



ITESO



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA

JOSÉ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, S. J.

1911/1961

NOTAS BIOGRÁFICAS

LUIS

SÁNCHEZ

VILLASEÑOR S. J.

JOSÉ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, S. J.

1911/1961

NOTAS BIOGRÁFICAS

LUIS

SÁNCHEZ

VILLASEÑOR S. J.



Diseño de portada: Jabaz
Dibujo de Silvia Pardo

- © D.R. 1997, Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Occidente (ITESO),
Oficina de Extensión Universitaria,
Periférico Sur 8585,
Tlaquepaque, Jalisco, México, C.P. 44520.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-6101-71-3

Presentación

Poco antes de morir, en abril de 1997, el P. Luis Sánchez Villaseñor entregó el original de este texto, amorosa y pacientemente trabajado. Yo tuve la fortuna de ser escogido como dictaminador editorial y, después de leerlo, recomendé con entusiasmo la publicación. Tuve, además, el privilegio de comentarlo con el padre Luis en la que quizá fue su última mañana en el ITESO.

Esa charla espontánea y breve —bajo la sombra del fresno que debería de llevar el nombre del P. Xavier Gómez Robledo— como tantas otras sostenidas con él a lo largo de los años, me permitió hacerle saber mi aprecio por su trabajo y no sólo, como ya se había hecho común, mi preocupación por su salud. Agradezco profundamente haber tenido esa oportunidad, así como el honor de redactar esta presentación.

El nombre del P. José Sánchez Villaseñor es una referencia indispensable, central, en el campo de las ciencias de la comunicación en México. Quienes fueron estudiantes de las primeras generaciones de la carrera en la Universidad Iberoamericana, a principios de los años sesenta, recurren a su idea fundadora para reconocer los rasgos de una identidad profesional que no ha dejado de ser objeto de

debate después de casi cuatro décadas. Pero para la mayor parte de quienes reconocemos su nombre y su aporte a la fundación de nuestra carrera, fundamentalmente a través de su famosa "carta", la persona es casi totalmente desconocida. O lo era, hasta la publicación de este libro de su hermano.

El nombre y la persona del P. Luis Sánchez Villaseñor son también una referencia indispensable, central, para quienes desde fines de los años sesenta cursamos la carrera de Ciencias de la Comunicación en el ITESO. El padre Luis trabajó y vivió aquí sus últimos veintiocho años. Llegó en 1969, como profesor de humanidades clásicas de los jesuitas en formación, y se integró a la naciente Escuela de Ciencias de la Comunicación. De ahí mi relación con él.

Durante mis estudios de licenciatura, a principios de los años setenta, fui alumno del padre Luis en aquellos cursos hace mucho desaparecidos de "Historia, Arte y Filosofía". Años después, como director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación, gocé de su colaboración como profesor numerario y emérito. Participé con él, y con otros amigos, en los primeros esfuerzos editoriales del ITESO, donde el P. Luis se convirtió en el corrector de estilo más sobrecalificado que he conocido. Después, convivimos como profesores dedicados a tareas cada vez más distintas y disfruté como nunca de su discreta y afectuosa presencia.

Puedo decir, sin lugar a dudas y sin temor a exagerar, que el padre Luis se acercó mucho a ese ideal jesuítico del maestro-testigo, de quien enseña con el ejemplo integral. Esa enseñanza, sobre todo, es la que lo mantiene presente entre nosotros, más allá de su erudición en las disciplinas académicas que cultivó y de su afable e incansable labor sacerdotal.

Al padre José sólo lo conocí a través de su "carta" de fundación de la carrera de Ciencias de la Comunicación. Desde hace casi dos décadas he dedicado una buena parte

de mi trabajo a la investigación del campo académico de la comunicación y esa carta es, sin duda, el documento clave para la reconstrucción de los orígenes de ese campo en México. Durante muchos años quise entrevistar al padre Luis sobre el autor de la carta, su hermano. Pero como estaba tan cerca pospuse esa entrevista, hasta que sin pedírsela el padre Luis me dio su respuesta con este texto.

Creo que las páginas escritas por el padre Luis sobre el padre José son tan ilustrativas y reveladoras sobre ambos como sobre los entornos que compartieron, especialmente la familia y, por supuesto, la Compañía de Jesús. El afecto y la sencillez que desbordan las narraciones y descripciones de hechos, situaciones y sentimientos privados, casi íntimos, revelan la profundidad existencial de una vocación compartida en que el cultivo intelectual, por más alto que sea su grado, es sólo un medio para la búsqueda de un fin más pleno que el saber académico. Maestros los padres José y Luis Sánchez Villaseñor, sí, pero a la manera específica de los sacerdotes jesuitas.

Como preámbulo, entonces, a la lectura de las notas biográficas redactadas por el P. Luis sobre su hermano, propongo la "carta" escrita por el P. José Sánchez Villaseñor en 1960 para fundamentar la carrera de Ciencias de la Comunicación, entonces llamada Ciencias y Técnicas de la Información:

La técnica sometida al espíritu

Esta carrera es nueva en su forma y planeación. Busca ante todo formar un auténtico intelectual, un hombre apto para pensar por sí mismo, para comprender a los demás hombres en la circunstancia histórica en que vive, abierto plenamente a los problemas que la actual crisis plantea. Para ello requiere una profunda base cultural filosófica. Pero ese intelectual no

puede ser un sabio de gabinete, al margen de la vida, espectador impasible en torre de marfil, desvinculado de la comunidad. Su saber hondo, claro y viviente en torno al hombre y a su tarea en nuestro tiempo, constituye un mensaje luminoso.

Hay que dotar por ello al nuevo intelectual de los medios de contacto; del puente que lo saque de su aislamiento, de los instrumentos y técnicas para llegar al hombre de hoy, al hombre anónimo, al hombre angustiado, extrovertido y disperso, en las mil solicitudes del dramático y complejo saber cotidiano.

Su misión es comunicar el rico saber acumulado en su mensaje, mediante técnicas de difusión, relaciones públicas, publicidad, radio, televisión, cine y periodismo. Controlar esos tremebundos poderes que moldean, como fácil arcilla, al hombre contemporáneo. Poner al servicio de los altos valores humanos esas fuerzas elementales. Someter la técnica al espíritu.

Desde esta perspectiva aparece diáfana la finalidad de la nueva carrera. Está basada en el hombre. Pero en el hombre integral, que es materia y mente, carne y espíritu. El ser humano no vive aislado, es un ente social. Nace y se desarrolla en una comunidad, lo que implica comunicación, apertura. Mediante el lenguaje, símbolo y signo, comunica sus ideas.

Respondiendo a esta radical dualidad del compuesto humano, la nueva carrera intenta, ante todo, cultivar y desarrollar la mente pensante. Las disciplinas sociológicas, económicas y humanistas amplían y aclaran su horizonte histórico, de aquí y ahora. La posesión de una cosmovisión constituye un mensaje luminoso. Una orientación en el complejo mundo de nuestra sociedad en crisis.

Para hacer llegar el mensaje a los demás hacen falta instrumentos, canales de difusión. El extraordinario desarrollo de las técnicas de publicidad y difusión ofrece el instrumental técnico requerido. El hombre no puede comunicar inmedia-

tamente al hombre las ideas que irradian en la cumbre de su espíritu.

Necesita de la palabra, del signo sensible, del símbolo cargado de subconscientes motivaciones, de imágenes dinámicas. El mensaje, fruto de la especulación filosófica y socioeconómica, necesita encarnarse si ha de llegar al hombre. De allí la conjugación del saber humano y técnicas de difusión. La armónica y jerarquizada cosmovisión a que debe aspirar el nuevo profesionista.

Un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana; tal aspira a formarlo esta novísima carrera.

Para ello se dota a este nuevo profesionista de conocimientos humanísticos, armónicamente estructurados y graduados, que representan una tercera parte de su programa. Estos programas buscan que viva, a la luz brillante de los grandes pensadores de la humanidad, los problemas del angustiado hombre actual.

Para ello requiere además, de técnicas apropiadas de difusión, relaciones públicas, publicidad, radio, televisión, cine y periodismo, que habrán de ser otros conductores para hacer llegar su mensaje a la misma entraña social. Una tercera parte de materias imparten esos conocimientos técnicos.

Requiere, finalmente, encuadrar y articular su visión peculiar con los campos conexos del saber humano que habrá de tocar, tangencialmente, en sus actividades; derecho, economía, administración, etc. El resto de las materias le proporciona, en conjunto, este punto de enlace.

Una profesión que brinda éxito al estudiante que está bien adaptado a ella, por la demanda de este tipo de profesional, por la importancia de la misión que desempeñará y, sobre todo, por el inmenso bienestar que producirá como fuente de dispersión adecuada de una alta cultura, tales son los signos



con los que surge la carrera de Licenciado en Ciencias y Técnicas de la Información.

La carrera, como era de esperarse, ha cambiado mucho su diseño curricular. Los miles de estudiantes que han optado por ella a lo largo de cuatro décadas en distintas universidades, han enfrentado algunos de los rasgos prevalecientes del proyecto fundador, muchas veces sin reconocer su origen ni su sentido. Pero la utopía así formulada permanece vigente y orienta las multifacéticas prácticas profesionales de muchos comunicadores formados universitariamente sobre estas bases. En las siguientes páginas podrá leerse cómo se gestó, en una persona, un proyecto de esta magnitud. Gracias por ello a los padres Sánchez Villaseñor.

Raúl Fuentes Navarro

Sahuayo

El miércoles 6 de septiembre de 1911, el hogar de José M. Sánchez y de su esposa, Guadalupe Villaseñor, está de plácemes. La casona de amplios corredores de ladrillo rojo, soleado jardín y arquería de cantera, ubicada a una cuadra al norte de la plaza (Madero 60), acoge a parientes y amigos que acuden a felicitar a los papás por el nacimiento del quinto de sus hijos. Tres días después sus padres, en compañía de sus padrinos, Benjamín y Luisa Sánchez, llevan al pequeñín a la pila bautismal de la maltrecha parroquia, que acababa de perder la torre por un violento sismo,¹ y lo bautizan con el nombre de José, como su padre.

Sahuayo (tortuga sobre jícara en náhuatl),² situada al sureste del lago de Chapala, asentada sobre el piso que fue hasta hace poco "medio lacustre, medio terrestre, es lugar de cita de tres paisajes distintos: las arrugas de la montaña, la tirantez de la llanura y el rostro cambiante del lago".³

Industriosa y activa población michoacana de poco más de ocho mil habitantes, de calles empedradas, casas de anchos aleros y techos de dos aguas, hervía de inquietudes.

En medio del bullicioso comercio,⁴ del ir y venir de las recuas cargadas de granos y quesos, de sombreros de palma, de huaraches y jabón, se comentaban con honda preocupación las frecuentes sacudidas del volcán de Colima,⁵ y los ojos de todos miraban espantados acercarse a sus casas las aguas del desbordado lago de Chapala.

1. González, Luis. *Sahuayo*, Gobierno del Estado de Michoacán, 1979, p.143.

2. *Ibidem*, p.15.

3. *Ibid.*, p.23.

4. *Ibid.*, p.120.

5. *Ibid.*, p.143.

A estas graves calamidades naturales vino a agravarlas otra más terrible aún: los rifles mortíferos de los revolucionarios cuyos disparos se oían todavía lejanos. Pero no por mucho tiempo. Ya el 19 de junio de 1914, llegaron a Sahuayo las avanzadas revolucionarias comandadas por José María Morales, y cuatro días después, "el general Eugenio Zúñiga, al frente de 700 hombres, hizo su entrada en Sahuayo, y para abrir boca dispuso la aprehensión de los curas".⁶

Para pintar de manera impresionante tan caótica situación, el renombrado historiador Luis González, muy citado en este trabajo, no vacila en acumular los apelativos más negros de su rico vocabulario: "Pobreza, robo, chismes, delaciones, vaticinios, desempleo, préstamos forzosos, fuga de padres y pudientes, ley de la selva, negocios parados, sustos, clausura de escuelas, crímenes de todo tipo, disparo de armas de fuego[...]"⁷

Traslado a Guadalajara

Casi tres años tenía José cuando, envuelta en esta vorágine de pánico, toda la familia Sánchez, mis abuelos paternos con mis padres, mis hermanos mayores y mis tíos se trasladaron a Guadalajara en busca de seguridad contra el bandolerismo y de escuelas para educar a sus hijos.

El viaje de Sahuayo a Guadalajara era entonces, en especial en tiempo de aguas, punto menos que una odisea. Para empezar, le esperaban al viajero cuatro largas y tediosas horas a caballo por la fangosa Ciénega, donde las cabalgaduras se hundían casi hasta la panza. Porque es de

6. *Ibid.*, p.144.

7. *Idem.*

saber que, hacia 1905, don Manuel Cuesta Gallardo obtuvo de don Porfirio Díaz la concesión de disecar y sembrar el tercio oriental del lago de Chapala, y su yerno, Joaquín Cuesta Gallardo, tomó la responsabilidad de levantar el bordo. Así nació La Ciénega,⁸ tierra negra, rica para el cultivo, pero trampa de lodo para el caballo.

Todos salpicados de barro negruzco y fatigados de la brega, llegaban los viajeros a La Palma, ranchería de chozas de palma de sencillos pescadores, donde se abordaba a la 1 p.m. el vapor para Ocotlán. Quiero imaginarme cómo gozaría José la hora que duraba la travesía, jugueteando con las espumosas olas que iba hendiendo "The Maid of Honor" hasta atracar en Ocotlán. Aquí se tomaba el flamante ferrocarril, que en cuatro horas más hacía puntualmente su entrada en Guadalajara, precisamente detrás del templo de San Francisco, donde estaba la estación.

Toda la familia estableció su residencia provisional en la calle Garibaldi número 326, y alrededor de 1918 mis padres ocuparon definitivamente la casa de Independencia 426, donde José vivió nueve años.

Situada detrás del actual Palacio Municipal, la fachada sencilla no te llamaría la atención: un alto y pesado zaguán en el medio, flanqueado por dos pares de ventanas enrejadas, y al cruzar el umbral te hallarías en un corredor no muy largo con su clásico cancel de hierro forjado. Desde aquí se podía ya percibir el aroma de los rosales, geranios, granduques y violetas, que hacían del patio un remedo de jardín, frontero al comedor.

El nuevo hogar se alegró al instante con la llegada de mis papás, de mis dos hermanas mayores, Evangelina y María, y los tres menores, pues José andaba por los siete años. Aquí compartió la dicha de ver crecer a sus hermanos

8. *Ibid.*, p.140.

y empezaría a sentir la incipiente responsabilidad de ser el hijo mayor.

La vida religiosa doméstica

Claro, en esta labor sutil y cotidiana José desempeñaba simultáneamente el doble papel de emisor y receptor del profundo sentido religioso de mis padres, que se encarnaba lo mismo en la vida cotidiana del hogar que en los momentos cumbres de la liturgia de la Iglesia.

El paso de las lentas horas del día de la Guadalajara de entonces le iba marcando momentos de oración: la misa tempranera y diaria de papá en el templo de nuestra Señora de la Merced; las continuas novenas de mamá ante una preciosa Inmaculada, las manos sobre el pecho y los ojos bajos, talla del escultor zamorano Francisco España; el Angelus rezado al medio día y a la tarde, al pausado son de las campanas de la catedral, y el rosario nocturno de rodillas y las letanías con los brazos en cruz. No podía faltar tampoco la bendición, a la hora de la comida. A la una en punto papá, de pie en la cabecera, bendecía la mesa, sus siete hijos en torno de ella; pues mamá cuidaba del servicio, y María, la segunda hija, se había casado ya en 1923.

La Semana Santa se pasaba en gran recogimiento. Había que abstenerse hasta de jugar desde el momento en que enmudecían las campanas y empezaban a chirriar las matracas. El Jueves Santo, después de asistir a los "Oficios Litúrgicos" matutinos, recorriamos, con papá a la cabeza, los principales templos, partiendo de la catedral, para visitar "los monumentos" y adorar al Señor en las más ricas custodias, entre un mar de flores y un imponente marco de cortinajes blancos y rojos. Tras "los Oficios" matutinos del viernes, acompañábamos al sacerdote, a las 3 p.m., en el impresionante recorrido de las estaciones del Viacrucis,

entre cantos de perdón y misericordia, mientras muchos de los fieles se hincaban en la cabeza sendas coronas de espinas. Ya en casa, leía papá buena parte de la pasión.

Ansiosos esperábamos las nueve de la mañana del Sábado Santo con su estallido de gloria, al echarse a vuelo todas las campanas de la ciudad, medio ahogadas por el estrepitoso detonar de los “judas”, unos de tamaño natural colgados en cuerdas de acera a acera, e incontables más tronados en los patios de las casas.

El mes de mayo nos traía otra experiencia imborrable en nuestra vida. Cada tarde aparecían en nuestros cuartos los trajecitos blancos, las margaritas y los claveles, con las botellitas de “agua florida”. La cita era a las siete de la tarde en el Sagrario Metropolitano. Allí, durante los intervalos de las decenas del rosario, subíamos por turno al altar de la Virgen para depositar a sus pies nuestras ofrendas de flores y rociarlas con el agua florida, mientras los braseritos de barro exhalaban nubes de incienso, y los cantos marianos se envolvían en las notas del órgano. La despedida era especialmente conmovedora, al irse apagando las luces del altar y los acordes de la música a medida que repetíamos emocionados “Adiós, Reina del cielo, Madre del Salvador, adiós, oh Madre mía, adiós, adiós, adiós”. ¡Qué hondo se graban en el fondo del corazón esas vivencias, revividas año tras año, y cómo harían crecer en mi hermano José su amor a María, camino el más recto para llegar a su Hijo!

La Navidad venía a cerrar las festividades religiosas del año civil con su música jubilosa de panderetas y villancicos, su sabor a buñuelos y empanadas, su olor a heno y musgo fresco del nacimiento; pero sobre todo mediante el calor del suave cariño hogareño en torno al pesebre de Jesús. Como sabrosa preparación para esa “noche de paz, noche de amor”, acudíamos a las posadas a la iglesia de San José de Gracia. Allí, perdidos en un mar de lucecitas parpadeantes, acompañábamos a los peregrinos, José y María, con

las tradicionales canciones para pedir posada, repitiendo cada vez el estribillo, casi a todo pulmón:

Jesús, María y José,
mi alma os doy,
mi alma os doy,
y con ella
mi corazón también.

Nunca faltó en el antecomedor el nacimiento, en el que colaboraban las manos de todos. Bajo la cueva de papel de roca, en su cunita de paja, los brazos abiertos del Niño dan a todos la bienvenida, mientras José y María, extasiados, adoran de rodillas a Dios hecho un bebé. Sobre una alfombra de heno y musgo fresco, grupos de pastores ascienden a la gruta con sus borreguitos de cera, aguadoras con su cántaro sobre la cabeza, vendedores de cazuelas y de frutas, y viejecitos de barba blanca con su huacal a la espalda. En un rincón apartado, el diablo tentador acecha al ermitaño. De aquí y de allá brotan arroyos de papel de estaño que alimentan un laguito de cristal, surcado por una bandada de patos de celuloide. La colocación estratégica del nacimiento entre el comedor y la cocina lo convertía así en un recordatorio casi continuo del sentido cristiano de las fiestas de la Navidad.

Hasta aquí he tratado de delinear con los trazos del recuerdo el marco religioso familiar en el que José creció y actuó hasta su entrada en la Compañía de Jesús, y que ilumina desde fuera otro verdadero nacimiento espiritual: el de su vocación religiosa. Ahora enfocaré la atención sobre mis padres, los dos personajes centrales, creadores de este ambiente que respiró José durante 16 años, para completar luego el cuadro con recuerdos de mis hermanos, de José en especial.



Nuestros padres

Papá era, ante todo, cristiano a carta cabal; encarnaba en su vida cotidiana la fe que profesaba. El segundo de nueve hermanos, nació en Sahuayo el 30 de julio de 1874. Empezó la carrera de derecho en el Seminario de Zamora, mas hubo de interrumpirla a petición del abuelo, que lo necesitaba a su lado para administrar sus vastas posesiones de tierras y ganado. Hombre culto y muy leído, como lo atestiguan los numerosos libros de su escogida biblioteca, escritos no sólo en español sino también en inglés y francés.

Era papá afable, hombre de pocas palabras, más bien serio y poco amigo de bromas, parco en sus manifestaciones de afecto, que nos descubría en su sincero interés por cada uno. “¿Qué te hace falta? ¿Qué necesitas?”, solía preguntarnos a menudo. La prueba más palpable de su cariño eran los valiosos premios con que nos estimulaba a estudiar a fin de obtener las mejores calificaciones. Ahora comprendo que anhelaba lo mejor para el futuro de sus hijos.

Exacto como reloj, seguía su rutina diaria con inflexible constancia: misa a las 6 a.m. en el templo de N. Señora de La Merced. Después del desayuno, la obligada visita a mis abuelos y tíos que vivían en la casa contigua. Más tarde salía de casa, con sombrero y bastón, para arreglar negocios, frecuentemente con abogados, y para cerrar la mañana con broche de oro, se perdía entre los anaqueles de las librerías Font y El Surtidor, de donde casi nunca salía con las manos vacías.

Él presidía siempre la comida, que salpicábamos con las ocurrencias más notables que cada uno recogía en el patio o en el salón de clases. Entre todas, descollaban las salidas geniales del P. Chanal, que Felipe imitaba con acento francés. Para muestra no bastaría un botón. “El Padre”,

como se llamaba a sí mismo, acostumbraba dar sus clases con un alumno ante el pizarrón. De repente le lanzaba una pregunta al distraído, y si titubeaba, con su mano derecha en alto le estrellaba la cabeza contra el pizarrón, mientras repetía el consabido estribillo, casi coreado por todo el grupo: "Nada sabe el animal". El estallido de risa era general.

Terminado el postre se levantaba papá de la mesa, daba gracias, y regresaba a casa de mis abuelos paternos para asistir al café en compañía de sus hermanos y de dos grandes amigos, don Manuel García Vallejo y el Lic. Mariano Ramírez. Por la tarde, si no le urgía ninguna cita, dedicaba buen rato a la lectura, charlaba con nosotros al regresar del colegio, merendaba, y a las 9 p.m. se despedía al cerrar las puertas de su recámara. Éste era el momento de la charla, del comentario, de terminar la tarea, y de cenar de vez en cuando las ricas tortas y tostadas de Emiliano.

La afición por la lectura la heredó papá a casi todos sus hijos y no menos a José, en parte por la curiosidad que despertaban en nosotros los relatos de viajes, de aventuras e historias, y en parte por su peculiar filosofía sobre la amistad, resumida en la sentencia: "los mejores amigos son los libros". Y la aplicaba tan literalmente que de hecho nos limitaba más de lo justo el trato con nuestros vecinos y compañeros de colegio. Con todo, este aislamiento forzado no dejó de dar también sus buenos frutos, al estrechar más los lazos de convivencia entre nosotros.

Otro rasgo sobresaliente del carácter de papá que dejó en nosotros profunda huella fue su sencillez en el vivir. Aborrecía la presunción, y no menos el fausto y la ostentación. La casa toda con sus muebles y su ajuar sabía a esta agradable simplicidad, y a pesar de ser mi abuelo paterno uno de los grandes terratenientes del rumbo de Sahuayo, en casa no se conocían ni los tapices, ni las antigüedades,

ni los adornos deslumbrantes. Le gustaban las cosas de buena calidad, mas no el lujo ni la superfluidad.

Mamá era el reverso de la medalla de papá. Toda dulzura y cariño, fue nuestro paño de lágrimas. Ella era nuestra segura confidente, a la que acudíamos con absoluta confianza cuando hacíamos alguna travesura que nos merecería un buen regaño de papá. Casada a los 16 años, en 1902, fue madre de doce hijos, de los cuales José conoció solamente a siete. Diabética casi desde su matrimonio y siempre enfermiza, delgada de cuerpo y surcada su cara de arrugas prematuras, se afanaba por convertir el hogar en un pequeño paraíso. Vivía para sus hijos y para halagar el gusto refinado de papá con toda suerte de exquisitos platillos y postres, que ella nunca pudo paladear.

Ambos formaban una maravillosa pareja y se completaban mutuamente. Eran tan discretos en su trato que jamás presenciamos la más leve discusión o enojo entre ellos. Naturalmente, este ejemplo vivo fomentaba la unión entre todos los hermanos, sin que escasearan, como es de suponerse, los obligados pleitecillos fraternos que más unen que alejan.

En familia

Fruto de la armoniosa convivencia familiar, la alegría solía reinar en nuestra casa, y no menos las bromas y los juegos entre los cuatro hermanos cuyas edades se sucedían escalonadas, casi de dos en dos años. Si no estábamos en el colegio, nos la arreglábamos para pasar el tiempo de manera agradable y provechosa, mezclando lo útil con lo dulce. Así, la mañana del domingo no podía faltar la fascinación del cine, el jueves por la tarde el ejercicio del deporte, y los demás días se entremezclaba el estudio con

el juego, las salidas a mandados con una que otra escapada en automóvil.

No hay que olvidar que a mitad de los años veinte, fuera de la prensa, los otros medios de comunicación, o estaban en pañales como la radio, o ni siquiera habían sido concebidos, como la televisión. No es pues de extrañar que nuestra única diversión en este campo fuera el cine, y el cine mudo, armonizado con una pianola. Todos los domingos, después de misa, nuestra ilusión era asistir a la función del cine Tabaré, por el rumbo del Santuario, para reir a carcajadas la comicidad de Chaplin y del Gordo y el Flaco, o para sufrir con los héroes, Tom Mix y Buffalo Bill, arriesgadas aventuras en su inacabable lucha contra los apaches. A menudo también nos llevaba papá a las funciones que ofrecían los Caballeros de Colón para sus hijos, en la casa de Madero, y en ocasiones solemnes al Teatro Degollado, donde admiramos el *Divino Narciso* (durante el Congreso Eucarístico del año 25), y muchísimo más, *El Rey de Reyes*.

El deporte ocupaba lugar importante en nuestra vida de estudiantes, tanto para desarrollar un cuerpo sano como para aprender el espíritu de equipo y colaboración. La tarde entera del jueves, entonces día de vacación, bien uniformados y distribuidos por equipos, jugábamos fútbol en los terrenos entonces baldíos cercanos al actual Observatorio Astronómico, a donde había que llegar a pie desde la antigua Lafayette. Jugábamos la tarde entera.

He de confesar que ninguno de nosotros nació para este deporte, ni para entusiasmarse por él, excepto Roberto.

En casa, a veces dábamos salida a nuestra inquieta vitalidad divirtiéndonos con juguetes y con juegos. A medida que los tostones caían en el bolsillo, se iban convirtiendo, o en golosinas, o en juguetes: cochecitos de cuerda, barcos de hojalata y soldaditos de plomo. Estos últimos ofrecían mayor vuelo a la imaginación. Armados unos con rifles, otros con espadas desenvainadas y otros más con cañones,

sin faltar la vistosa caballería, los ordenábamos en batallones. Luego, frente a frente los dos ejércitos, se oía el grito de "fuego". En ese instante los lanzábamos en ataque frontal hasta que el campo de batalla quedaba cubierto de cadáveres. Pero no nos contentábamos con un mero remedo de combate. Teníamos que vivirlo en realidad. Y así, montados en sendos caballos de carrizo, cubierto el pecho con corazas de cartón, luciendo cascos empenachados y espadas de madera, escenificábamos reñidos combates en el patio de la casa, gracias al equipo comprado en la feria de Todos los Santos y así armados, aun la inviolabilidad del comedor nos atrevíamos a profanar, convirtiéndolo en campo de torneo. ¿Quién podría controlar a cuatro atrevidos guerreros, mitad niños, mitad adolescentes?

Otra de nuestras diversiones favoritas era organizarnos por equipos en busca de objetos escondidos, y esto era echarse a correr por el patio, esquivando las macetas de geranios y helechos, adoración de Evangelina, y dispersarnos por las recámaras recién trapeadas, sin hacer el menor caso de sus gritos amenazadores. Aún creo percibir el alboroto que producíamos, abriendo y cerrando roperos y armarios, cayendo y levantándonos; naturalmente, en ausencia de papá y gracias a la paciencia infinita de mamá.

El año santo de 1925 nos sorprendió con un jamás soñado juguete: cuatro preciosos trenes franceses, regalo del tío Benjamín a su regreso de Roma. ¡Cómo gozábamos atareados, armando las vías y enganchando los vagones a las poderosas locomotoras, para admirarlos luego, incansables, en sus repetidos circuitos! El movimiento parecía fascinarnos. Horas y horas tirados en el suelo, los ojos clavados en los trenes. Por desgracia, el afán de competir originaba no pocos percances, alcances y descarrilamientos que venían a sacarnos de nuestro embeleso. Sin embargo, con gran sorpresa nuestra, José pronto se deshizo de su tren, sin importarle los emocionantes ratos que disfrutába-

mos juntos. Ahora que escribo estas líneas, caigo en la cuenta de que seguramente sus pensamientos y su corazón giraban ya en torno de ideales más elevados que ni siquiera sospechábamos aún. Dos años después estaría en la Compañía de Jesús.

Para el adolescente toda novedad pronto envejece y luego se arrincona hasta que otra viene a despertar el interés. Esta vez fue José. Un día apareció en casa, lleno de misterio, con un paquete en sus manos. Lo desenvolvió con cuidado y descubrió una cajita de madera laqueada. La abrió con gran solemnidad y sacó de ella un aparato. Enseguida invitó a Felipe a que apretara entre sus dedos un par de tubitos niquelados, conectados al extraño artefacto. Al punto dijo Felipe: "Siento un raro cosquilleo". Instantes después advertimos en sus manos un ligero temblorcillo que fue creciendo hasta el grado de retorcerle las manos sin control. A gritos pidió que cesara el experimento. Ni para qué decir que los demás ansiábamos, muertos de curiosidad, repetir tan intrigante experiencia, y así los dos tubitos fueron pasando de mano en mano, creyendo que la corriente eléctrica fortificaría nuestros nervios.

De vacaciones

Cada año, las vacaciones de julio y agosto nos descubrían los amplios horizontes michoacanos del rancho Las Gallinas. Encaramado sobre el cerro del mismo nombre, a unos 600 m sobre el nivel del lago de Chapala, al sur de Cojumatlán, el mirador de la casa nos brindaba un espléndido panorama de 180 grados. Allá, hacia el norte, el espejo limpiísimo de casi toda la laguna, ceñida de montañas, desde San Juan Cosalá hasta Ocotlán, Jamay, La Barca, y abierta hacia el oriente toda la vastedad de La Ciénega, afelpada de cultivos. Acá, en primer plano, al pie de la casa, el suave

declive de la falda del cerro, cubierto de pastizales, en lucha a muerte con los grandes manchones de amapolas blancas y amarillas.

Las mañanas de cielo despejado, los caballos esperaban ensillados junto al portón poniente, tascando el freno impacientes, y listos para tomar el rumbo que papá indicara.

Al poner el pie en el estribo, sentíamos el regocijo invadir deliciosamente todo nuestro cuerpo. La rienda en una mano y el fuste en la otra, armados de espuelas y polainas, nos creíamos unos señores caballeros. ¡Cómo se crece el adolescente en su atrevida inmadurez!

Precedidos de papá, ascendíamos cautelosos la pedregosa cuesta del cerrito para ganar la altiplanicie. Una vez arriba, a dar rienda suelta a las monturas por los espaciosos llanos de La Raya, salpicados de florecillas moradas, y las veredas sombreadas de encinares de El Encino de la Cruz, en reñida competencia por ganar la delantera.

El cielo límpido y azul, el aire tonificante de la altura, el suave verdor de los pastizales en contraste con el oscuro de los encinares, parecían inyectarnos nuevas energías.

Algunos años después, ya estudiante jesuita, revive José estas profundas vivencias de adolescente en una poesía, *Tristezas y recuerdos*, con toda la suave frescura de un ayer que no ha pasado. Me permito copiar un par de estrofas (las dos primeras) en que palpitan la hondura de sus recuerdos y su rica sensibilidad poética.

Yo quisiera la belleza de las selvas Michoacanas,
Y el perfume de sus lirios, que en las horas de mi infancia,
Recogía yo en sus campiñas cuando el sol ya declinaba,
Y sus rayos moribundos reflejándose en las aguas,
Irisaban de oro y púrpura el gran lago de Chapala.
Yo quisiera de aquel cielo los celajes de escarlata,
El silencio de sus valles, y el azul de sus montañas.
Yo quisiera de sus bosques, el llorar de la cascada,



El balar de las ovejas, y el mugir de la vacada.
Quisiera, en fin, de sus cumbres de encinares coronadas,
Las siluetas atrevidas que hasta el cielo se levantan.
Y tejer con sus recuerdos de cariño una guirnalda.
Que circunde vuestras frentes de inocencia coronadas.

En la deliciosa soledad del campo, la convivencia fraterna parecía estrecharse más, alimentada por el trato continuo, sin salones de clase que nos separaran, ni tareas que nos absorbieran. Aquí los cuatro convivíamos inseparables, desde el despertar hasta que el sueño nos rendía. Juntos disfrutábamos de los paisajes campestres con sus tonos cambiantes desde el mirador de la casa, o caminando por entre las huertas de duraznos e higueras, o cabalgando por el monte. En nuestras salidas solíamos apostar a ver quién descubría la primera ardilla, la primera lagartija alestargada sobre una cerca, o el primer coyote en acecho de algún becerrillo descarriado.

Como jinete, naturalmente era José más experto que nosotros, señor de freno y espuela, hábil para abrir los toscos portones de trancas que dividían los potreros, y diestro para brincar las zanjas y los portillos de las cercas de piedra.

Así pasaban raudas y felices nuestras vacaciones. Nadie puede frenar el momento feliz. Regresábamos a casa en septiembre, hartos de sol y ricos en nuevas experiencias compartidas, hasta que sobrevino el levantamiento de los cristeros en 1926.

La edad, que por años había sido nuestra aliada, se fue convirtiendo en enemiga al irnos separando gradualmente. Sería por el año de 1924 cuando los dos mayores, José y Felipe, estrenaron sus flamantes bicicletas, vehículo ideal para la Guadalajara de antaño, donde contarías los automóviles con los dedos de la mano. Con las bicicletas cobraron alas y empezaron a volar. Los días de vacación José no salía

del Instituto de Ciencias ni Felipe de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC). Felipe solía contar entusiasmado las actividades que realizaban: reuniones, conferencias, festejos, juegos. José, en cambio, hablaba vagamente de sus visitas domingueras a los padres, de la Congregación Mariana a la que pertenecía, dirigida por el P. Gustavo Rojas, y de su apostolado con niños o enfermos hospitalizados. Nunca, que recuerde, le oí mencionar la palabra "vocación" ni nada relacionado con la orientación futura de su vida. Por otra parte, a mis años, era incapaz de sospechar relación alguna entre la vida piadosa de José, el trato con los jesuitas y su vida de apostolado con una posible vocación religiosa. En este punto, José conservó siempre su secreto con absoluto hermetismo, aunque supongo, por lo que contaré más adelante, que sólo a mi padre lo iba enterando confidencialmente de los deseos de su espíritu.

La formación escolar

La fuga repentina de toda la familia de Sahuayo a Guadalajara en 1914 debió sin duda afectar el ritmo normal de la formación escolar de José. No sería tarea fácil para mis padres encontrar una casa adecuada donde albergarse, y quizá más laborioso aún, una escuela que satisficiera los deseos justificados de papá, por la calidad de sus maestros y los sólidos principios religiosos. No es pues de extrañar la falta de información que se cieme sobre el periodo de 1915-1918 acerca del nombre de la escuela y de los cursos que siguió.

José inició la primaria en la escuela de don Atilano Zavala, insigne educador de muchos tapatíos, en la que estudió los tres primeros años (1918-1921). Por razones que sospecho, papá decidió cambiarlo al colegio de la Inmaculada Concepción (González Ortega 77), dirigido por

los hermanos maristas, en donde terminó los tres restantes (1922-1925). Aquí, para ser admitido a clase había que presentarse de saco, corbata, cachucha, pantalón corto o bombacho, con media calcetín. A las 8 a.m. en punto, todos los alumnos, de pie en el patio, asistían a la misa armonizada con cantos, inicio de las actividades escolares. Los hermanos se distinguían por su estricta disciplina, por su buena preparación académica y habilidad pedagógica, y su exigencia en las tareas escolares.

Contagiado sin duda por papá, en la primaria fue despertando la afición de José por la lectura. Afortunadamente tenía mucho de donde escoger en la selecta biblioteca: libros de aventuras y cuentos de la editorial Sopena, *El tesoro de la juventud*, la colección *Lejanas tierras*, las obras de Julio Verne, novelas de Luis Coloma y de Herder, de historia, de literatura y muchas otras que sería inoportuno enumerar.

Terminada la primaria en 1925, entró José al Instituto de Ciencias (esquina de Hidalgo y Nicolás Romero) para cursar la preparatoria con los padres jesuitas; hay que recordar que entonces no existía la secundaria. Casi desde su ingreso al Instituto, la rutina de José empezó a cambiar con no poca sorpresa nuestra. En casa echábamos de menos su presencia, pues él era el encargado oficial de conseguir los permisos con papá y sentíamos el hueco que dejaba su compañía; y cuando la teníamos, nos hacía sentir su conciencia de responsabilidad de hermano mayor, con su ejemplo y sus consejos.

La vocación religiosa

Definitivamente el Instituto empezaba a robarnos a nuestro hermano. Allí pasaba buena parte del tiempo: entre semana asistiendo a clases, y los días de vacación conversando con

los padres, entre los cuales oíamos con mayor frecuencia los nombres de Gustavo Rojas y de Francisco Zambrano, prefecto del Instituto. El primero dirigía la Congregación Mariana, que muy pronto lo contó entre sus congregantes asiduos. Estos dedicaban la tarde del sábado a devociones marianas: el rezo del rosario, la plática del Director y la bendición con el Santísimo, y la del domingo a la enseñanza del catecismo en barrios pobres, a visitas a ancianos en los asilos y a enfermos en los hospitales. Presentía que algo iba cambiando en él, pero sin atinar con qué, pues José conservaba celosamente su secreto, por los tiempos que corrían.

Por estas fechas flotaba ya sobre la ciudad la pesada calma que prenuncia el vendaval. "Con Calles —nos dice Luis González— le sobrevino al gobierno una manía persecutoria que lo llevó al acorralamiento de la Iglesia mediante la ley de reglamentación del culto".⁹ Para responder al desafío del "Neroncete mexicano", la iglesia tomó varias medidas: se celebró en la capital del país el Congreso Eucarístico Nacional, y la Liga Defensora de la Libertad Religiosa reunió más de dos millones de firmas, además de convocar al boicot general contra los cómplices de la agresión. Para el buen logro de estas acciones fue crucial el apoyo de los grupos de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM). En Jalisco, y especialmente en Guadalajara, el joven abogado Anacleto González Flores, paladín de la juventud, con su palabra de fuego sembraba las semillas de la Unión Popular, en titánico esfuerzo por organizar a la gente y dotarla con los formidables instrumentos de la solidaridad y la resistencia pacífica. Así iba fraguando la tempestad, que descargaría brutal al estallar la persecución religiosa en agosto de 1926. El 31 de julio todas las iglesias del país cerraron sus puertas.

9. *Ibid.*, p.17.

Este ambiente de fervor religioso de cruzada, aunado a la tradicional piedad hogareña, más el esmerado cultivo espiritual en la Congregación Mariana, preparó el terreno para que brotara la decisión definitiva de José acerca del estado de su vida. Y así, a los 16 años de edad, dio el paso definitivo de entrar a la Compañía de Jesús.

En esta época tormentosa abundaban los cateos domiciliarios repentinos, las aprehensiones injustas sin autorización ninguna, los asaltos nocturnos a los trenes, el patrullaje de la ciudad por milites yaquis, que a mí me infundían pavor. Meses antes, a fines de 1926, tras dos angustiosas semanas de asquerosa e injusta reclusión, una en la prisión de Escobedo (actual Parque de la Revolución); la otra en la Inspección de Policía (hoy Palacio Municipal), papá había logrado huir a la ciudad de México, dejando sumida en profunda zozobra a toda la familia, y muy en especial a mi mamá. ¿La acusación? El monstruoso crimen de ser un “fanático”, como designaban los perseguidores a los católicos sinceros.

Durante la dolorosa coyuntura de la forzada estancia de papá en la capital, donde se mantuvo escondido para evitar subsecuentes extorsiones de dinero, José nos comunicó haber recibido carta suya, en la que lo llamaba con urgencia a su lado. Como era el mayor, este viaje repentino nos pareció muy natural; sin duda quería tenerlo junto a sí para tratar personalmente con él algún asunto confidencial, riesgoso para confiarse a una carta. Leyó, pues, José la carta a mamá y luego la hizo circular entre los hermanos. Pero cuando la tomé entre las mías, reconocí al punto que la firma no era de papá. De sobra la reconocía, ya que por tantos años había firmado mis calificaciones semanales.

Ufano de mi descubrimiento, quise comunicárselo a mi madre, pero José discretamente me tomó por el brazo, me llevó aparte, me rogó con firmeza que me abstuviera de propalar el secreto y me conminó a guardarlo para mí solo.

Así se lo prometí. Con este recurso pretendió José suavizar la nueva aflicción que le causaría a mamá, en su viudez forzada, la separación del mayor de sus hijos varones.

Ahora que estoy reviviendo estos recuerdos, me doy cuenta del callado dolor que sufriría su corazón al ir redactando, línea por línea, su último adiós. Pero admiro hoy más la entereza de José y su decisión indeclinable de consagrar al Señor su vida entera, dejándolo todo, aun lo más querido, la familia y la patria.

Para cumplir pues con la supuesta voluntad de mi padre, la tarde del 2 de agosto de 1927 se despidió de todos y cada uno con un sencillo "hasta luego, pronto nos veremos", que para mamá se convirtió de hecho en un adiós definitivo y último. Ya no la volvería a ver más en esta vida. Ella murió el 31 de diciembre de 1928, nueve meses antes de pronunciar José sus primeros votos perpetuos en Isleta College.

De la ciudad de México viajó José en compañía del P. Julio Vértiz a El Paso, Tejas, vía Laredo y San Antonio, y el día 7 de agosto cruzaba los umbrales del Noviciado para iniciar su vida religiosa de jesuita.

Mis hermanos

Al llegar a este punto, considero conveniente hacer una pausa en la narración para presentar al resto de la familia, compuesta de tres hermanos y cuatro hermanas, en cuyo medio se desarrolló José y con quienes convivió como el mayor de los varones.

María, la segunda en edad, nacida en 1904, fue la primera en romper filas y casarse. En casa tomaba clases de pintura, de piano y de mandolina. Le encantaba la lectura, afición que conservó toda su vida. Su esposo, Ignacio Sánchez Ramírez, hombre intachable y valiente, a escasos tres años de casado sintió el ineludible deber de

defender la fe, aun a costa de su vida. Y así en 1926 se lanza decidido a la Cristiada, y empuña las armas junto con otros numerosos sahuayenses.

Cedo la palabra al ya mencionado historiador Luis González, quien nos presentará una instantánea de Nacho, como familiarmente lo llamábamos:

[...] el millar de cristeros dirigidos por el general Ignacio Sánchez Ramírez, acometió múltiples hazañas, que dan tema para un libro semejante al hecho por Don José Guízar [...] Es de referirse el combate del Sábado de Gloria de 1928. El general Sánchez estaba en posesión de Cojumatlán cuando supo que miles y miles de soldados federales iban contra él y su gente [...] El cabecilla cristero, convencido de la inferioridad de sus fuerzas, dispuso una retirada de mentiras. Ese día anduvieron los federales por aquí y por allá en busca de los rebeldes sin poder dar sobre ellos. Ya muy entrada la tarde se disponían a dar media vuelta, cuando fueron sorprendidos en la Cuesta del Talayote. El tiroteo se prolongó hasta altas horas de lo oscuro. Los federales, según cuentan, quedaron hechos polvo. Los rebeldes se hicieron de un titipuchal de rifles, municiones y caballos.¹⁰

Dos de sus hijos consagraron sus vidas al Señor: Alfonso, en el sacerdocio diocesano, actualmente a cargo de San Gaspar, Coyula, La Cruz y otra comunidad de la periferia, hacia el rumbo de Tonalá. María, su hermana menor, abrazó la vida religiosa con las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, donde desempeñó muchos cargos de gobierno y falleció en 1990, a los 51 años de edad.

La mayor de la familia, Evangelina, un año más grande que María, pero con sus mismos gustos y aficiones por las artes, se convirtió pronto en el brazo derecho de mi mamá,

10. *Ibid.*, p.20.

dado el número de hermanos. La ayudaba sin descanso en el interminable quehacer que exigía la atención esmerada de un hogar como el nuestro: cuatro hermanos inquietos y dos hermanas pequeñas, que requerían mayor solicitud en los largos periodos de las enfermedades infantiles.

A la muerte de mi madre en 1928, Evangelina se convirtió en una segunda mamá, entregándonos cariñosamente su vida hasta el momento de su muerte, a los 80 años de edad. Gracias a su carácter fuerte y decidido, logró mantener el mismo ambiente que mamá había creado, y aligerar así los 20 años de viudez de papá.

El 19 de junio de 1932, cinco años después de la despedida de José, fui el tercero (Luis) en despedirme de mi padre y mis hermanos para emprender el viaje al noviciado de Isleta College, siguiendo los pasos de José.

Uno de los motivos inmediatos que me impulsó poderosamente a pedir la admisión a la Compañía de Jesús, fue tanto la vida ejemplar de amistad genuina de los padres como su entrega generosa a sus alumnos. Admiraba su trato sencillo, su disponibilidad para escucharnos y alentarnos, su buena preparación como maestros, a una con el cultivo de nuestra vida espiritual. Así se desarrolló en mí el deseo, ya incipiente, de ayudar a otros a vivir el mismo proceso que los padres habían impulsado en mí, con su afectuosa cercanía en mis agudas crisis de soledad, y particularmente en mi angustiosa incertidumbre sobre el sentido de mi vida.

El largo viaje en tren al noviciado, de Guadalajara a Ciudad Juárez, lo disfruté en la bulliciosa compañía de otros tres tapatíos, alumnos también del Instituto de Ciencias: Manuel Gil Alonso, Carlos Hernández Prieto y José Gutiérrez Casillas, el único superviviente del grupo.

El 21 por la noche llegamos a nuestro destino. Lleno de emoción abracé a José con gran cariño, una y otra vez. A la luz de las lámparas del jardín del noviciado, lo miraba y remiraba vestido de sotana negra, cuello romano, ceñida la

cintura con una ancha faja de tejido oscuro y cubierto su pelo rizado con un bonete que aumentaba su estatura. Tras sus lentes de armazones ovalados reconocí los mismos ojos apacibles y un tanto soñadores. En adelante y para siempre seríamos doblemente hermanos. Aquí convivimos cuatro años. Nuestro trato y comunicación adquirió una dimensión nueva, desconocida hasta entonces: la profundidad de nuestra relación. Aquí fui descubriendo al José enamorado de Cristo, al consagrado al estudio como instrumento de su futuro apostolado, al José de arrebatos líricos, jovial y de buen humor, que estallaba en sabrosas carcajadas a pesar de sus frecuentes molestias digestivas.

En 1933, Felipe, dos años menor que José y cuatro mayor que yo, decide estudiar medicina en la Universidad de Lovaina, y es el cuarto en separarse de la ya reducida familia. Jamás pudo prever que la conflagración de la Segunda Guerra Mundial lo retendría en Europa quince largos años, y que regresaría a Guadalajara y al seno de la familia un año antes de la muerte de papá. Previendo la inminencia de la guerra, abandona Lovaina en 1939 y se traslada a Roma, donde daría la bienvenida a José, a escasos dos meses del terrible conflicto armado.

Cuando partió José para El Paso (1927), quedó Roberto de 13 años, y María Elena y María Teresa de seis y dos años respectivamente. Estas dos últimas sólo llegaron a conocerlo en 1936, cuando regresó a La Perla para dedicarse a la tarea de la enseñanza en el Instituto de Ciencias, durante tres años.

Tras haber intentado recrear el ambiente hogareño y revivir la convivencia familiar a grandes trazos, porque no he tenido otra fuente de donde sacar más rica información que mis recuerdos personales, una vez muertos todos mis hermanos mayores, quiero ahora enfocar la atención en el José que conocí, ya dentro de la Compañía.

Formación jesuítica

Tras este necesario paréntesis regresamos a Isleta College, donde José empieza sus dos años de noviciado. Construido sobre una meseta caliza, el alargado edificio de ladrillo rojo daba su espalda al inmenso desierto tejano y el frente al verdeante valle de El Paso. "El palomarico", como lo llamaba José en sus cartas, lo albergaría en su seno durante ocho años fecundos.

Los dos primeros los consagró intensamente a su formación espiritual, iniciado en la forja ignaciana de los ejercicios espirituales de mes. La campana del noviciado iba señalando con sus toques las ocupaciones del día: oración, estudio, trabajo manual, comidas y el conveniente descanso. En sus cartas mensuales a la familia se sentían vibrar sus experiencias espirituales, que a menudo se convertían en verdaderas exhortaciones a ser mejores cristianos. Noticias, fuera de las concernientes a su salud, a la paz de que disfrutaba y, más adelante, a sus estudios, no había que buscarlas en su correspondencia, dado el total aislamiento del mundo en que vivía el estudiante jesuita de aquella época.

Ya para terminar el noviciado, escribe lleno de alborozo la feliz noticia de que se le ha admitido a consagrarse al Señor mediante los votos, el 8 de septiembre de 1929. Afortunadamente, tanto papá como mi hermana mayor, Evangelina, pudieron acompañarlo en esa fecha tan importante, en la que sin duda no faltaría la presencia de mi madre desde el cielo.

Tras esta primera etapa de su formación jesuítica, José dedica los tres años siguientes (1929-1932) al estudio de las humanidades, en las que predominaban los clásicos greco-latinos en su lengua original y los españoles. Al contacto vital con las grandes obras maestras, se desarrollan con

pujanza su fina sensibilidad y su espíritu poético, que le merece de Porfirio Hernández Arciniega el simpático apodo de "Sanchumque poeta". Leyendo a Homero, reviviendo la lírica de Píndaro, de Horacio y Fray Luis de León; en contacto con la oratoria de Cicerón y con la rica prosa de Cervantes, desarrolló un estilo original y vigoroso.

Aún conservo una sentida poesía, compuesta en los Ejercicios de 1933, testigo de su honda experiencia religiosa. La transcribo a continuación:

Inmolación

¡Jesús, tú me has amado
con locura divina!
Me aparté de tu aprisco
ovejuela perdida,
y anhelante en mi busca
cruzaste las campiñas,
hollaste las barrancas,
escalaste las cimas,
y, al fin en tu regazo,
de nuevo a la alquería
me llevaste, enjugando
las sangrientas heridas,
que abrieran en mi fuga
los abrojos y espinas.

Jesús, ¿y no he de amarte
con locura divina?
¿Con locura de mártir,
con pasión de jesuita?
Jesús, en mis entrañas
arde sed infinita
de morir derramando
mi sangre, como víctima.

Quiero amarte, oh mi Cristo,
con locura divina,
y llevarte esculpido
de mi ser en las fibras;
convertirme en tu imagen,
respirar de tu vida,
amar con tus amores,
mirar con tus pupilas.
Vivir sin más ensueño
que amarte sin medida.

Ser cáliz de ti lleno
la ambición de mi vida,
donde encuentren las almas
la fuente de aguas vivas,
que sacia todo anhelo,
que alivia toda herida,
que enjuga toda lágrima,
que da perenne dicha.

Quiero amarte, oh mi Cristo,
con locura divina,
y sufrir por las almas,
como mártir y víctima.

Al terminar los tres años dedicados al estudio de las humanidades clásicas grecolatinas, le sorprendió a José la novedad de la introducción de un año propedéutico de ciencias exactas y positivas (1932-1933) y de materias llamadas "conexas", enlace entre las ciencias y la filosofía. Cuatro eran las ciencias básicas que exigían mucho estudio y tesón: la física, la química, la biología y las matemáticas. Sin duda, estas materias ampliaron aún más los horizontes de su espíritu, y los bien equipados laboratorios de Isleta College le brindaron la oportunidad de verificar y ahondar sus conocimientos.

A pesar de este año intensivo, consagrado íntegramente al estudio absorbente de las ciencias, su exquisita sensibilidad no sufrió mengua, ni se opacó su estro poético, como lo comprueban las delicadas poesías que regularmente llegaban incluidas en sus cartas a la familia. Como muestra, copio *Rimas*, que compuso para el día de mis votos del bienio:

Bebe, Luisín, hasta saciar tus ansias
del oasis las aguas cristalinas.
Te aguardan las jornadas calcinantes
del árido desierto de la vida.

Deja que el entusiasmo que hoy te embarga
con la flor de la dicha,
encienda en ti su inextinguible llama,
conmueva de tu ser todas las fibras.

Eres guerrero. Sea el amor de Cristo
tu escudo, tu ideal y tu divisa.
Sólo una gran pasión puede ceñirte
de la victoria la triunfal oliva.
Sea el amable Jesús, tu amigo eterno.
A su lado, Luisín, todo se olvida,
Se toman en luz clara las tinieblas,
en rosas, las espinas.

Vivir sin un amor es imposible,
es el amor la fuente de la vida.
Es fuego que en la lucha no se extingue,
es ideal que nuestros pasos guía.

Si el amor de Jesús fuere tu escudo,
tu ideal, tu divisa,
ebrio de triunfo escalarás sin miedo
el más alto crestón que haya en la cima.

Deja, Luisín, que aquesta paz serena
conmueva de tu ser todas las fibras;
su recuerdo será en las horas tristes,
cual luz de aurora que prenuncia el día.

Al leer de nuevo estas *Rimas*, siento cómo vibra en ellas el delicado cariño fraterno, el sabio consejo y la exhortación del hermano mayor, la experiencia de un amor vivo a Jesús, a la par que un profundo conocimiento del corazón humano: "vivir sin un amor es imposible".

La filosofía

Pero estaba reservado a la reina de las ciencias humanas, la filosofía, el impulsar definitivamente su potencia pensadora y descubrirle el derrotero de su vida. Aquí (1933-1936) encontró la rica veta de su genuina vocación de investigador y de maestro.

La filosofía escolástica, que se enseñaba en latín, abarcaba seis sólidas disciplinas: la crítica, la metafísica, la cosmología, la psicología racional, la ética y la teología racional, acompañadas de historia de la filosofía y textos de Aristóteles y de santo Tomás de Aquino. José intuyó a través de la rigurosa metodología del sistema escolástico toda el ansia insaciable del hombre por llegar a la verdad, aun en aquellas cuestiones disputadas que a veces nos hacían sonreír. En esta ruda palestra de distinciones y subdistinciones, su mente se fue entrenando aún más, para abrir brecha en la filosofía moderna. Mucho le ayudó en esta empresa preparatoria, como maestro y amigo, el joven jesuita Daniel Olmedo.

Han transcurrido nueve años de fecunda vida isletense (1927-1936). Casi durante toda ella, José se ha visto

acosado de males gastrointestinales. Sin dejarse amilanar por ellos, se ha dedicado de lleno al estudio, instrumento muy valioso para su futuro apostolado. Ha superado con excelencia los cursos de letras, de ciencias y de filosofía, al mismo tiempo que ha ido madurando como persona, al calor del estudio serio, de la reflexión serena y de una sólida formación espiritual.

Pero suena la hora de dejar la vida de invernadero de la casa de formación y de enfrentarse al mundo real del trabajo arduo de las aulas escolares; debe regresar del destierro e integrarse a la patria, cambiar el pupitre del alumno por la cátedra del maestro.

El objetivo que persigue esta etapa de formación, en la mente de la Compañía, lo resume así el epítome de la misma: el magisterio es para "que la virtud se perfeccione, madure la persona, manifieste sus cualidades y progrese en sus estudios".

Para lograr estos frutos mencionados y otros más, José fue enviado por los superiores al Instituto de Ciencias (Hidalgo y Nicolás Romero). Con gran regocijo recibió la grata noticia del campo de apostolado que se le asignaba. El Instituto, tan querido para él, despertó sin duda la añoranza de su juventud, ya que allí respondió con decisión a la invitación del Señor de seguir a Jesús en su Compañía. En esas mismas aulas donde tanto había recibido de sus maestros, tendría ahora la oportunidad de dar y de darse a la juventud: conocimientos, experiencia, amistad y servicio.

Además, Guadalajara le brindaba otra profunda satisfacción: encontrarse de nuevo con mi padre y mis hermanos después de nueve años de separación, y tratar muy de cerca, especialmente a los que había dejado tan pequeños a su partida al noviciado.

Por lo que a mí toca, cuatro años de convivencia y de trato frecuente y fraternal, entretejidos de noticias familiares, de prudentes consejos y muchos ratos agradables de

buen humor, aumentaron aún más mi estima y cariño por José e hicieron más dolorosa la despedida.

Pero al mismo tiempo me recriminaba mi ciego egoísmo. Había entrado José en la Compañía para ser apóstol y difundir el bien y la paz del Señor Jesús, desde la cátedra y el laboratorio hasta los campos deportivos de los estudiantes.

El novel maestro

Al nuevo “maestrillo”, como se llamaba familiarmente al recién llegado a esta nueva etapa de formación, se le designaron para enseñar las clases de filosofía y de química, dos materias a primera vista incompatibles. ¿Qué parentesco tienen los anaqueles atestados de frascos llenos de sustancias químicas con los principios del ser de la filosofía?

Francamente no puedo imaginarme a José con bata blanca, de pie ante una mesa alargada provista de quemadores Bunsen, entre tubos de ensayo, matraces, balanzas de precisión y mil artefactos y productos, indispensables para la enseñanza de ésta ciencia.

Para mí, el José de mis recuerdos aparece siempre con libro y pluma en las manos, el bloc de papel sobre su rodilla, bien abrigada la cintura, leyendo en cómodo sillón y tomando apuntes; o bien, en el escenario complementario, de pie ante un grupo más bien reducido de alumnos, en un salón mediano, explicando el tema correspondiente de filosofía y escuchando y respondiendo preguntas.

Pero José había aprendido en sus años de Isleta que no había ninguna oposición ni conflicto entre las ciencias y la filosofía. Y recordaba que desde Aristóteles, muchos grandes pensadores habían encontrado su camino al saber filosófico desde

los métodos de observación y experimentación de las ciencias naturales y desde los teoremas matemáticos.¹¹

Entre los deberes apremiantes de la docencia, todavía encuentra espacio su vocación filosófica para roturar un campo muy prometedor, inexplorado y muy en boga: las obras filosóficas del maestro José Vasconcelos. Aquí el maestro le brinda la oportunidad, primero, de sistematizar su doctrina y segundo, de analizar y criticar el planteamiento y la solución de la problemática que encerraban sus obras: la metafísica, la ética y la estética.

Fruto de su acucioso estudio y serena reflexión, da a luz *El sistema filosófico de Vasconcelos*, en 1939, a la edad de 28 años; pero anticipa en la revista *Abside* una sección del volumen en prensa, que llega a manos de Vasconcelos. Era de temer que la espontánea reacción del renombrado maestro, que había desempeñado entre otros altos cargos el de Secretario de Educación (1921-1924), ante la severa crítica de un desconocido, la tachara de atrevimiento inmaduro y juvenil. ¿Cómo osaba éste presentar una síntesis de su pensamiento, que ni él mismo había logrado?

Sin embargo, para gloria de Vasconcelos no fue así. En carta del 7 de enero de 1939, el escritor y poeta Alfonso Junco recibe del maestro la siguiente petición:

Quiero rogarle que le agradezca en mi nombre [a José] la publicación de este estudio. Y en particular también le pido que se sirva dar las gracias al señor Sánchez Villaseñor, y le diga que su estudio me parece claro y exacto, inteligente y bien intencionado, escrito con simpatía, sin la cual el crítico y el autor no pueden entenderse.¹²

11. González Uribe, Héctor, *et al. Jesuitas que conocimos y admiramos*, Buena Prensa, México, 1984, p.59.

12. Junco, Alfonso. *Egregios*, México, 1944, p.112.

Y más adelante confiesa con sencillez:

Y me preocupa lo que dice de mis contradicciones, y lo tomo en cuenta, porque señala estas contradicciones, a diferencia de mis contradictores políticos que hablan de ellas, pero no las demuestran. Las contradicciones que me señala el señor Sánchez Villaseñor son tanto más graves cuanto que no hallo la manera de contestarlas.¹³

De aquí nació un intercambio epistolar entre autor y crítico que culminó en una verdadera amistad entre ambos, y eventualmente en el retorno del "Maestro" al seno de la Madre Iglesia.

Roma en perspectiva

Terminado felizmente el magisterio en junio de 1939, con gran satisfacción de superiores y alumnos, recibe José la gratísima noticia de que se le ha destinado a cursar sus estudios teológicos en la Ciudad Eterna. Lleno de ilusiones por ver realizados sus íntimos anhelos de respirar a pulmón lleno el ambiente cultural de la vieja Europa, se dispone a dejar La Perla, su colegio y su familia.

En Roma lo esperaba la Universidad Gregoriana, cuyas aulas frecuentaría durante cuatro años para estudiar la teología.

La teología, coronamiento de sus estudios eclesiásticos, abarca diversas y numerosas materias que integran un currículo académico bastante amplio. Me limitaré a enumerar sólo algunas de ellas, que ilustren un poco su rico y difícil contenido: la Teología Fundamental, la Teología Moral, la Sagrada Escritura, el Derecho Canónico, la Historia de

13. *Ibidem*, p.113.

la Iglesia y muchas más. Al final del tercer año, la gracia inefable de la ordenación sacerdotal le conferiría el poder de colaborar con Cristo en la extensión de su Reino en la tierra.

A principios de julio se despide, no sin nostalgia, de Guadalajara y en compañía de mi padre y mis hermanos se dirige rumbo a Veracruz, de donde zarparía con destino a Italia.

No podía entonces José ni siquiera imaginar lo que le sobrevendría muy pronto allá, mientras bebía con avidez la variedad y belleza del paisaje mexicano en su viaje por carretera de La Perla a Veracruz. Primero, el plácido espejo del lago de Chapala, luego la señorial Morelia, poco más adelante el intrincado nudo de boscosas serranías de Mil Cumbres, y ya en la altiplanicie, más allá de la gran metrópoli, el espléndido panorama de los dos gigantes envueltos en sus mantos deslumbrantes de nieve cegadora, después el hundirse gradualmente en la exuberante y rica vegetación tropical de Córdoba y Fortín de las Flores para terminar, por fin, en el puerto de Veracruz.

Mientras admiraba embelesado el paisaje de su patria, el pensamiento de José había ya cruzado toda la anchura del Atlántico y pregustaba de antemano sus planes futuros.

Ahora sí —solía repetir con frecuencia— disfrutaré muy pronto de mis acariciados sueños: el percibir en toda su cercanía el acelerado palpitar del pensamiento filosófico europeo, el ahondar a mi gusto en la cultura francesa y alemana y el saciarme con la contemplación de las obras inmortales del Renacimiento italiano.

Roma guardaba a José otro indecible placer: el estrechar entre sus brazos a Felipe, dos años menor, a quien no veía desde doce años antes, porque éste había partido en 1933 para estudiar medicina en Lovaina. Cuando previó Felipe el peligro inminente de la guerra y la amenaza de la invasión nazi, se refugió en Roma. Aquí inicia la carrera de reportero

de Catholic News, ya que manejaba con soltura el francés, el inglés, el italiano y suficientemente el alemán.

Envuelto en la Segunda Guerra Mundial

A dos meses de haberse instalado José en su nuevo destino, estalla con toda su furia la Segunda Guerra Mundial. Mussolini, comprometido con el Führer, arrastra a toda Italia a formar parte del Eje Roma-Berlín. ¿Consecuencias? El consiguiente racionamiento de víveres, el frecuente aullar de las sirenas que obligaban a los jesuitas a pasar las noches insomnes en los húmedos sótanos del Palazzo Borromeo, la total incomunicación con el mundo exterior y la avidez intelectual de mi hermano comienzan a minar sordamente su ya precaria salud.

A pesar de tan graves contratiempos, el ánimo de José no cesa en el estudio concienzudo de sus materias teológicas, y todavía se lanza a incursionar atrevidamente en el campo de la cultura italiana. Fruto de su gran capacidad intelectual y de esta pasión por saber, logra producir un interesante estudio sobre Luigi Pirandello, genial dramaturgo y novelista italiano. Las primicias de esta segunda obra las recogió *Abside* en sus páginas de marzo 1 de 1941.

Los estragos de la guerra, mientras tanto, iban en *crescendo* y la salud de José declinaba con los días. Por fin, tras tan rudos embates, cae víctima de una tuberculosis, empeorada por la escasez de medicinas y de camas en los hospitales. Con todo, los superiores logran su admisión en el hospital de Monte Mario.

Días largos y tediosos en la clínica, apenas aliviados por las continuas visitas de Felipe y de sus compañeros jesuitas. Mas, aun aquí, se aferra en su empeño de estudiar y de escribir, con admiración de médicos y enfermeras. Pero su organismo no reacciona. Se echa mano del tratamiento,

llamado pneumotórax, inyección de aire entre la pleura y el pulmón, que al comprimirlo lo inmoviliza y propicia así la recuperación paulatina.

En este punto haré una brevísima pero necesaria digresión. Una de estas inyecciones, puesta en la parte superior del pulmón izquierdo, lamentablemente atravesó una de las arterias, y veinte años después originó allí un aneurisma, que incontrolablemente infectado le causó la muerte, a una con la cirrosis hepática.

Regreso a la patria

Los médicos romanos no encuentran otra alternativa para salvar la vida de José que mandarlo a su patria y así, desahuciado, afronta la zozobra de cruzar el océano infestado de jaurías de submarinos del Eje, y sembrado de minas. Afortunadamente regresa, salvo pero no sano, a Veracruz en un barco venezolano, en 1941, con 54 kilos encima. Mas no “para morir en tierra mexicana”, como habían augurado los médicos romanos.

Se le trasladó al Sanatorio Español de la ciudad de México. El clima de la patria, la excelente atención médica y el régimen alimenticio adecuado rehacen su salud, al cabo de largos meses. De nuevo se empiezan a despejar las nubes y a abrirse halagüeños horizontes para llevar a cabo sus planes de trabajo.

El doctorado en filosofía

En cuanto sintió José restablecidas sus fuerzas, aunque todavía convaleciente, se reaviva el deseo de regresar a la cátedra. Bulle muy dentro de sí la inquietud de que no debe dejar extinguir el fuego sagrado de la filosofía, sino esfor-

zarse porque se propague y extienda. Magnífica oportunidad le brindó la inauguración del Centro Cultural Universitario (Hidalgo 120) el 7 de marzo de 1943, diminuto germen de la futura Universidad Iberoamericana. Aquí regresa con entusiasmo a la cátedra para enseñar su materia favorita a dos o tres grupos de estudiantes.

Pero, no contento con esto, su insaciable sed de saber le empuja a inscribirse en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ubicada en el edificio de Mascarones, antiguo colegio dirigido por jesuitas, y llamado así por las pilastras-estípites terminadas en cariátides que embellecen la fachada. En “las aulas del viejo Mascarones, acogedor y apacible”, como le llamaría José más tarde, siguió los cursos reglamentarios para obtener el doctorado en filosofía.

Durante el año 1943 solía yo visitarlo todos los jueves para informarme de su salud y de la marcha de sus estudios. De ordinario me lo encontraba en su aposento de la calle Tomel, en Tacubaya, en su posición favorita: la pluma fuente en la derecha, y el bloc de papel rayado en la izquierda, apoyado en la rodilla. El buen humor parecía connatural en él y siempre tenía algo nuevo que comentar.

En una de esas sabrosas tardes, me contó José que entre sus maestros de filosofía en Mascarones sobresalía con mucho el Dr. José Gaos, uno de los más destacados discípulos y amigo muy cercano del renombrado filósofo español José Ortega y Gasset. “El prestigio de Ortega —prosiguió José— es tan grande que creo merecería dedicarle una tarde entera, dada la influencia que ha tenido su pensamiento filosófico en los intelectuales tanto españoles como latinoamericanos, en buena parte de lo que va del siglo.”

Estos antecedentes me inclinan a pensar que, cuando llegó el momento de elegir el tema de su tesis, se haya decidido a profundizar en la filosofía de Ortega porque lo

consideraba como un espejo fiel de la problemática que se vivía y respiraba en el medio cultural ya mencionado.

Si por el fruto se conoce el árbol, no me detendré a enumerar ni a ponderar las largas horas de acuciosa investigación y reflexión que gastaría José en la elaboración de su tesis doctoral: *José Ortega y Gasset. Pensamiento y trayectoria*. El fruto que dio el árbol obtuvo el honor singular de la máxima calificación y de ser galardonado por *El Universal* con un premio nacional, como la mejor tesis del año.

Pero José jamás pensó haber conquistado la última cima con el doctorado en filosofía. En medio de su serenidad, la inquietud intelectual implacable no cesaba de impulsarlo a proseguir la ascensión a más elevadas cumbres. Así que, estudiada la filosofía de Ortega, casi sin tomar aliento continúa con la del discípulo estrella, Gaos.

Maestro suyo en las aulas y personalmente conocido fuera de ellas, cuyo pensamiento proclamado desde la cátedra no constituía un secreto para nadie, José se lanza a desafiar el nuevo reto bajo la forma de ensayo. Lo titula *Gaos en Mascarones*, con el subtítulo de *La crisis del historicismo y otros ensayos*.

El sacerdocio

Desconozco la fecha en que lo empezó, pero conjeturo que sería muy poco después de su brillante examen de doctorado. Se apoya mi suposición en el hecho de que tuvo que entregar el manuscrito listo para la imprenta en 1944, al recibir del Superior la orden de partir a Estados Unidos para terminar los estudios teológicos, iniciados en Roma, en el teologado de la Provincia de Chicago, West Baden College, Indiana.

Era éste un antiguo hotel de seis pisos, de forma casi circular, coronado por una enorme cúpula de acero con gajos de cristal, que iluminaba el espacioso atrio pompeyano. Distante unos 260 Km. al sur de Chicago, y rodeado de extensos jardines y suaves colinas boscosas, brindaba a José un sitio ideal para el estudio serio y la reflexión.

No es éste el lugar adecuado para ponderar debidamente la vital importancia de la teología para un sacerdote, y todavía menos para José, que la consideraba el coronamiento sagrado de todos sus estudios previos: las letras humanas, las ciencias físicas y la misma filosofía; más aún, el ideal y la meta suprema de su vida: conocer a Dios en Cristo para amarlo más y servirlo mejor en sus hermanos, los hombres.

Pero aún debo resaltar otra faceta, la máspreciada, que realzaba a sus ojos el valor de los estudios teológicos: la preparación más digna para recibir la ordenación sacerdotal, que le confería los poderes de Cristo sobre las fuentes de la gracia, los sacramentos.

Providencialmente también yo fui destinado a estudiar la teología en el mismo lugar, y así pude acompañar a José muy de cerca en su ordenación sacerdotal y en los años de su estancia en West Baden.

No olvidaré el primer encuentro con mi hermano, en agosto de 1945, después de un año de separación. Tras el cariñoso abrazo y la obligada charla inicial sobre asuntos familiares y las últimas noticias de la tierra, advertí que José me reservaba una sorpresa.

En efecto, se levanta del sillón, se acerca a su escritorio y me alarga un libro. "Aquí tienes —me dijo— mi tercer libro, *Gaos en Mascarones*, recién llegado de la editorial Jus". Mi reacción espontánea fue felicitarlo de corazón, mientras le daba un apretado abrazo.

Me detuve luego un rato mirando la portada, y empecé a hojearlo lentamente. "¿No notas algo especial en el título del libro?" Y sin esperar mi respuesta, acercó el índice de la

mano derecha, y apuntó a la primera letra del título. Luego con sonrisa picaresca añadió: "¿No notas que la primera letra del apellido Gaos puede fácilmente confundirse con una C? Creo no faltará más de alguno que al verlo de prisa, lo lea Caos en Mascarones y no andaría muy errado, pues hay mucho de eso".

Casi a diario visitaba a José en su aposento del tercer piso, y siempre lo encontraba con algún libro entre las manos: un texto de teología dogmática, o moral, o derecho canónico, o redactando algún trabajo escrito.

Era José hombre de libros, como mi padre. Eran éstos su descanso y fuente del saber y del pensar. Además, el dominio de las lenguas clásicas, latín y griego, sumadas al inglés, francés, italiano y alemán le abrían amplísimos horizontes para incursionar por los campos artísticos, filosóficos, literarios y culturales. Con todo, no llamaría yo a José un mero erudito, circunscrito a interpretar los temas que le marca la partitura musical. Su inteligencia, reflexiva y penetrante, atina al punto con los aciertos y méritos así como con las incongruencias y errores del pensamiento humano para luego volcar sus descubrimientos en sus moldes lingüísticos atrevidos y originales.

Afortunadamente, en el teologado encontró José una mina capaz de satisfacer plenamente su afición favorita.

Así se deslizaban plácidos los días, repartidos entre el estudio, la oración y el conveniente descanso, al mismo tiempo que se preparaba José para la fecha cumbre de su ordenación sacerdotal. Esta llegó la mañana del 13 de junio de 1946.

En la capilla principal del teologado, el Arzobispo de Indianápolis, Joseph E. Ritter, de pie, de espaldas al altar, después de implorar al Espíritu Santo, va imponiendo sus manos a cada uno de los ordenandos. Toca su turno a José. En medio de un silencio solemne, le comunica la gracia del Espíritu colocando ambas manos sobre su cabeza.

Tuve el privilegio de servir como acólito en la misa episcopal, de atar las manos de José, recién ungidas, y de recibir su primera bendición al finalizar la imponente ceremonia.

Sería atrevimiento imperdonable tratar de pasar al papel el gozo y la emoción que me invadieron cuando vi a José bajar las gradas del altar y dirigirse hacia mí. De pie ante mí, hincado de rodillas, juntó ambas manos, las levantó hacia el cielo, y empezó a trazar la señal de la cruz, mientras recitaba la fórmula de su primera bendición sacerdotal. Luego me dio a besar las palmas de sus manos, y pausadamente las dejó descansar unos momentos sobre mi cabeza. ¿Cómo latiría su corazón con ese vital contacto, al sentirse bendiciendo, a través de mí, a mi papá y a todos mis hermanos? Sin duda se estremecería de emoción al vivir, por primera vez, en sí mismo, al representante de Cristo en la tierra.

Pocos días después, una vez que descansó de la profunda tensión de su ordenación y primera misa, acompañé a José a Chicago, donde celebró su primera misa solemne en una parroquia mexicana, cercana a la High School jesuita en Roosevelt Road. Fueron días memorables, llenos de luz y de alegría, que iluminan toda la vida en las crisis de agotamiento y soledad.

Pero la felicidad perfecta no es fruto que se cosecha en esta tierra nuestra. Papá, tan cristiano como era, no disfrutó la anhelada dicha de compartir con su hijo mayor el momento sagrado de su ordenación sacerdotal, ni José el más precioso regalo que pudo ofrendarle su amor filial: el Cuerpo y la Sangre del mismo Dios encarnado. Por esa fecha, los médicos tapatíos se afanaban por extirpar un brote incipiente de cáncer maligno en su garganta, que le causaría la muerte tres años después, en 1949.

La ordenación no ponía el punto final a los estudios de teología. El cuarto año le tenía reservados a José los últimos

tratados teológicos y las consiguientes horas de estudio; y lo coronaba con broche de oro el examen *ad gradum*. Era éste un examen oral de dos horas, ante cinco sinodales, que comprendía tanto la filosofía como la teología. ¡Cuatro largos y pesados meses consagrados por entero para preparar las materias de siete años!

Por fortuna, José, gracias a su seria preparación y al hábito de estudio tan connatural y metódico, logró superar con todo éxito esta última prueba y merecer el título de Licenciatura en Teología.

Este final dichoso llevaba consigo también el final de su estancia en West Baden, el de las aguas termales, y un "hasta luego", muy sentido, de mi hermano.

La primera misa en México

Era el mes de junio de 1947. Un año había transcurrido de la ordenación de mi hermano y tres de su enriquecedora estancia en West Baden College. Ya es hora de partir y de regresar a la patria. Le aguardan los campos dorados para la siega.

Al arrancar el autobús frente a la escalinata principal del teologado, José le da el último adiós emocionado. Allí ha recogido envidiable cosecha de conocimientos en el campo de la fe y de transformadoras experiencias en su espíritu. Es y se siente totalmente otro del que había llegado.

Regresa luego a México, naturalmente vía Guadalajara. Allí lo esperaban con ansia mi padre, anciano y enfermo, mis hermanos, parientes y amigos. Su llegada se celebra en medio de un ambiente de fiesta y de íntima cordialidad. Todos a porfía querían abrazarlo, recibir la primera bendición, besar sus manos y asistir a sus misas.

Es fácil imaginar las largas horas, que pasarían volando mientras José les relataba, lleno de emoción, las impresio-

nantes ceremonias de las órdenes mayores, recibidas en tres días consecutivos: el subdiaconado, luego el diaconado, por fin, el 13 de junio, el presbiterado, que marcaría su ser para siempre.

Vuelto a la Capital, retoma con renovado entusiasmo su apostolado favorito, la enseñanza de su materia preferida, la filosofía, en el Centro Cultural Universitario. Pero por un año solamente. Aún debía José terminar la formación del jesuita, que san Ignacio había ordenado para sus hijos, y llamó la Tercera Probación.

La Tercera Probación

El mismo santo fundador la presenta en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús en los términos siguientes:

[...] los que han sido enviados al estudio [...] acabada la diligencia y cuidado de instruir el entendimiento, insistir en la escuela del afecto, ejercitándose en cosas espirituales y corporales, que más humildad y abnegación de todo amor sensual y voluntad y juicio propio, y mayor conocimiento y amor de Dios pueden causarle; para que habiéndose aprovechado en sí mismos, mejor puedan aprovechar a otros, a gloria de Dios Nuestro Señor.¹⁴

Así estarán mejor preparados para ser definitivamente admitidos en la Compañía con los últimos votos.

Montevideo, Uruguay, fue la ciudad elegida para la tercera etapa de la formación jesuítica de José, el año 1948. Suele ésta iniciarse reviviendo los ejercicios espirituales de san Ignacio durante todo un mes. En él se dedican muchas horas al día al trato íntimo y filial con el Señor. Se meditan

14. San Ignacio de Loyola. *Constituciones de la Compañía de Jesús*, p.v., cap. 2.

y contemplan los misterios de su vida, pasión, muerte y resurrección. Ésta es la fuente en que se bebe el genuino espíritu de san Ignacio: el conocimiento interno del Señor Jesús, el amor sólido y práctico a Él, que florecerá en una vida de servicio a todos los demás.

En segundo lugar viene la iniciación práctica en los ministerios apostólicos propios de la Compañía de Jesús: el oír confesiones, el predicar la palabra de Dios, el visitar y consolar a los enfermos en los hospitales, atendiendo siempre con singular afecto a los más pobres y desvalidos.

En tercer lugar, se profundiza más en el estudio del Instituto de la Compañía, cuyas normas nos han de guiar toda la vida y que encarnan la esencia de los ejercicios espirituales.

Las cartas de José que periódicamente llegaban a manos de mi padre, cada día más enfermo, reflejaban la serena paz que lo invadía, y al mismo tiempo transmitían el dinamismo espiritual de la gracia, que lo impulsaba a la acción generosa en el campo del apostolado de la docencia. Nunca olvidaba en ellas alentar a mi padre con sus oraciones y con la proximidad de su regreso y del cercano encuentro.

Terminada esta etapa estratégica de robustecimiento espiritual, visitó José la ciudad de Buenos Aires, antes de regresar a México. Le interesaba sobremedida conocer de cerca las obras educativas de los jesuitas y, muy en particular, entrevistarse con el P. Ismael Quiles, notable filósofo argentino, y con algunos otros padres con el propósito de informarse de la educación universitaria y el papel que desempeñaba en ella la filosofía.

En la Iberoamericana

Al regresar a México en 1949, se destinó a José, como parecía natural, al Centro Cultural Universitario. Durante

los 12 años restantes de su vida, continuará con renovados ánimos y nuevas luces la tarea ya emprendida.

Ese mismo año de 1949, terminados los estudios de teología en West Baden College, regresé a México para la Tercera Probación, de la que he hablado más arriba. Tuve entonces tiempo suficiente para platicar con mi hermano José. Como filósofo que era y maestro por vocación, el tema siempre revolvente que escuchaba de sus labios, una y otra vez, era la función de la filosofía dentro de la enseñanza superior. Le dolía en lo más vivo el constatar cuán devaluada se la tenía, siendo tan trascendente su valor, y cómo se la confinaba en la estrechez de las cuatro paredes de las aulas. Su función era verificar e iluminar las carreras universitarias y proyectarse en la acción humana.

No te imaginas —me decía— cómo me invade el desaliento, cuando pongo el pie en las clases y me encuentro con grupos de ocho a diez alumnos. Yo mismo tengo que darme ánimo para enseñar la materia con entusiasmo. Y es natural. En la práctica descubre uno que asisten sólo aquéllos que serán futuros maestros de materia tan vital, porque no se cotiza alto en el mercado. Hay que buscarle a toda costa una salida que le abra las compuertas para fecundar los amplios campos del saber y de la acción, y enriquezca el espíritu del joven de hoy, enseñándolo a pensar por sí mismo.

“Hay que buscarle a toda costa una salida”. Desde ese momento, creo, esta meta se convirtió en el problema obsesivo, en el nudo gordiano que se imponía resolver a todo trance. Era imperativo cortar de un tajo los vínculos tradicionales que mantenían maniatada a la filosofía: la enseñanza y la investigación. Había que sacarla de la academia y confrontarla, como Sócrates por las calles de Atenas, con los problemas reales de una sociedad en rápida evolución.



Para afrontar tal reto y llevar adelante con éxito sus planes, consideraba ineludible contar con una plantilla de profesores bien formados que vibraran con la importancia de la filosofía, y luego para atraer más alumnado, se requería el reconocimiento oficial de esta carrera. Tales eran, por lo pronto, las metas que había que conquistar.

La muerte de papá

A esta preocupación que lo acosaba como Director de Filosofía, vino a sumarse, a fines de 1949, otra muy grave, de tipo familiar.

El sábado 20 de noviembre, a temprana hora, recibe José una llamada telefónica de Guadalajara, en términos lacónicos: "Papá se halla muy delicado. Conviene que vengas con urgencia. Tal es el parecer de su doctor, Luis González Aréchiga". Sin demorar un instante, me habla a Santiago Tianguistenco, repitiendo las mismas palabras del mensaje, pero añadió: "Tú puedes salir esta misma noche en el Tres Estrellas, pero yo me encuentro atado. De ninguna manera puedo dejar a los muchachos sin exámenes finales. Partiré en el pullman, el domingo a las 8.30 p.m."

Como habíamos convenido, a las 7 a.m. estaba ya en la habitación de papá. Lo saludé emocionado, pero el cáncer en la garganta apenas le permitía articular palabra. Tomé una silla y pasé el día con él, a ratos rezando decenas del rosario, a ratos el Oficio Divino.

Por la noche llegó el doctor. Lo saludé muy afectuosamente. Él, después de Dios, me había salvado de una mortal pulmonía a mis 12 años. "Doctor -le dije- ¿Cómo ve a mi papá? ¿No sería bueno que lo velara esta noche?" "No, padre, -me respondió- su papá está muy fuerte. Guarde sus fuerzas para más adelante".



Volví a la residencia de san Felipe Neri. No podía dormir. Presentía el fin. Al cabo, la fatiga me venció. A las cuatro de la mañana me despertó la voz de mi hermano Roberto desde la calle. Bajé corriendo, con los santos Oleos y el ritual en la mano. Papá ya estaba inconsciente. Lo ungué, con la voz entrecortada, y al terminar las oraciones prescritas noté que un hilillo sanguinolento se deslizaba por el labio inferior. Eran las cinco de la mañana.

Desde mi llegada a casa me asediaba sin cesar, y ahora mucho más, la congoja por mi hermano ausente. ¡Qué pena tan profunda para él no haber podido acompañar a papá en sus últimos momentos, por cumplir con su deber! Como tampoco tuvo el consuelo de estar al lado de mamá en 1929, por haber escuchado la voz del Señor de seguirlo en la Compañía de su Hijo.

El lunes 22, a temprana hora, llegó José a casa. Después de un breve saludo se dirigió a la sala, donde estaba el féretro. Allí pasó largo rato y luego se comunicó con el Sr. Arzobispo y obtuvo permiso para celebrar la misa de cuerpo presente.

A toda costa trataba José de conservar su habitual serenidad para infundir a todos ánimo y suavizar el dolor de mis hermanos, pues en esos momentos de profundo desconsuelo lo mirábamos a él como cabeza de la familia.

Cuando se difundió la noticia de la muerte de papá, aconteció un suceso inesperado. Me resistía a creer lo que veían mis ojos. Más de una docena de pordioseros, hincados en torno del ataúd, oraban en voz alta pidiendo por su bondadoso bienhechor. Poco después escuché con gran asombro cruzar el cancel a más de treinta niños ciegos, que se agruparon alrededor de su cuerpo. He de confesar que me conmovieron hasta el alma, cuando unos y otros empezaron a recitar el santo rosario. El murmullo de sus voces parecía ir penetrando suavemente todo mi ser, mientras evocaba en mi mente las palabras reconfortantes de

Jesús: "[Cuando des un banquete], llama a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos [...]". Tal fue el precioso fruto que cosechó papá de su generosa caridad.

Después de varios días dedicados a alentar a mis hermanos, José regresó a México a proseguir con la espinosa tarea de abrir a la filosofía nuevos cauces "en campos más concretos y de mayor impacto en la vida social".

En junio de 1950, me destinó el P. Provincial a estudiar letras grecolatinas en la universidad jesuita de Fordham, en Nueva York, para adquirir un conocimiento a nivel más profundo de las lenguas y cultura clásica. Así estaría mejor preparado para enseñar a los jóvenes jesuitas que cursaban el juniorado. Allí pasé más de un año y perdí de vista a José, si bien no se interrumpió la comunicación epistolar.

En agosto de 1951, terminados los créditos para el M.A., regresé a la capital.

La primera intervención quirúrgica

Muy pronto me enteré de que mi hermano estaba en el Hospital de Jesús, operado del apéndice por el Dr. Gustavo Baz. Llegué en un santiamén.

Encontré a José tranquilo, recuperándose normalmente de la operación. A primera vista, todo había salido a pedir de boca, gracias a Dios. "Pasaré unos pocos días más en cama, y quedaré listo para proseguir los numerosos compromisos que me aguardan". Lamentablemente no fue así.

No logro ahora, a pesar de mis esfuerzos, rastrear en mi memoria la fecha de la siguiente escena, aunque la visualizo con absoluta precisión. En medio de una vasta propiedad de la familia García Valseca en Tlacopan, a la sombra de un bosquecillo de pinos, descubro sorprendido el albergue provisional de los profesores jesuitas de la futura Ibero, como me lo habían descrito pormenorizadamente.

Le llamaban "La casa de muñecas". Y así lo era. Entro por el único pasillo, estrecho y oscuro, que daba acceso a la casa. Casi a tientas acierto con "la recamarita de José", pequeña y fría. En una de las esquinas, envuelto en cobijas, veo a mi hermano que trata de defenderse de la inclemencia del ambiente. Me quedo mirando en silencio su rostro amarillento y sus ojos opacos. Él rompió primero el silencio, al advertir el mío. "No te espantes –me dijo. Debo guardar absoluto reposo un par de meses, si bien me va. Ya te habrán contado que me contagiaron el virus de la hepatitis durante mi estancia en el Hospital de Jesús. Seguramente las jeringas o la sangre de alguna transfusión".

Yo me quedé más frío aún al escuchar sus palabras, pronunciadas sin la más leve sombra de resentimiento o de queja sino con su habitual serenidad. Al despedirme, sus últimas palabras continuaron resonando en mis oídos como un eco interminable. ¡Dos meses por lo menos! Se dice fácil –pensé– pero vivirlo supone gran dominio propio. ¡Dos meses de inactividad forzada en el momento crítico, en que empezaba a fraguar en su mente la estructura de la carrera de Relaciones Industriales!

Unos diez años más tarde, la hepatitis, fiera mansa cuando se la trata con la suavidad del reposo, se transformó, enfurecida por la intensa actividad de su víctima, en cirrosis hepática y contribuyó a causarle la muerte.

En el Primer Congreso de Cultura Católica

Este mismo año de 1953 en que fundó José la carrera de Relaciones Industriales, se organizó el Primer Congreso de Cultura Católica, celebrado en la ciudad de Guadalajara. Tomaron parte en él notables conferencistas, quienes presentaron diversas facetas de la cultura. A José le tocó

exponer su tema favorito: "Filosofía cristiana y crisis de valores", que apareció editado por Ediciones Corporación en un folleto de 18 páginas. Creo que aquí viene a cuento citar un párrafo en el que enumera los funestos efectos originados por el rechazo ciego de la filosofía cristiana:

Se comprende, por otra parte, que la negación de las grandes verdades de la filosofía perenne, provoque la desintegración y el caos, como los hechos de esta trágica hora que vivimos, lo comprueban. Al renegar de Dios, repudia el hombre y destruye el fundamento único de los valores trascendentes que confieren sentido a la vida humana. Niega la razón. Cae en el escepticismo absoluto, en la filosofía del absurdo. Y para compensar la pérdida de Dios, endiosa lo inmediato, relativo e histórico. Se adora a sí mismo mediante el culto de la sangre o de la raza, la cultura, la colectividad, el estado. Pero, tras la embriaguez primera, viene el desencanto. El culto a los valores intramundanos, relativos, históricos, deja al hombre vacío, angustiado. Perdido frente a la propia miseria, frente a la propia nada.¹⁵

Las Relaciones Industriales

Mientras tanto, a diez años de distancia de su modesta fundación, el Centro Cultural Universitario, gracias al denodado esfuerzo de directores, maestros y alumnos, se transformó en la Universidad Iberoamericana. En 1953 ofrecía ya muchas carreras, sobresaliendo Relaciones Industriales, recién fundada, que ayudaron a impulsar, a una con el desarrollo del alumno, el de toda nuestra patria.

Con la tenacidad férrea de su carácter persistió José en la luminosa idea de abrir a la filosofía nuevos cauces de

15. González Uribe, Héctor. *Op. cit.*, pp.50-51.

orientación humanística. Recurrió a los expertos mexicanos para recoger atinada asesoría, y se embarcó en el estudio y en la lectura de copiosa bibliografía. Emprendió además algunos viajes a fin de entablar relaciones con personajes internacionales. Tanto esfuerzo no resultó vano. La semilla había caído en tierra fértil y produjo rica cosecha.

Administración de Empresas

En 1957, a sólo cuatro años de haber creado la carrera de Relaciones Industriales, José experimentó la honda satisfacción de inaugurar la de Administración de Empresas. Esta respondía oportunamente a las nuevas exigencias creadas por el desarrollo industrial y económico del país.

Es de admirar cómo a pesar de su endeble salud no se rindió cobardemente al cansancio sino que continuó en primera línea, abriendo trincheras más avanzadas.

En enero de 1959 partí para Nueva York con el propósito de concluir la maestría en lenguas clásicas grecorromanas. Terminada esta tarea, ingresé el mes de agosto a la Universidad de Michigan para estudiar lingüística. Ésta me era indispensable, en opinión de los entendidos, para enseñar cualquier lengua con rapidez y eficiencia, y con mayor razón el griego y el latín, por su muy complicada estructura.

Las Ciencias de la Comunicación

Año y medio después regresé a la ciudad de México. Allí, con gran dicha, me encontré con un José triunfante. Irradiaba felicidad. Entusiasmado me refirió que durante mi ausencia, la nebulosa fascinante y prometedora que desde tiempo atrás giraba incesante en su cabeza, acabó felizmente por condensarse y concretizarse en una oportunísima y

original carrera universitaria. La bautizó con el nombre de Ciencias y Técnicas de la Información.

En forma sintética nos relata este proceso creativo de José su colega jesuita, el Dr. Héctor González Uribe, en la biografía que escribió:

Inquieto desde hacía algún tiempo por la enorme influencia que estos medios ejercían en la opinión pública y en la formación del pensamiento nacional, pensó estructurar una carrera universitaria que preparara científica y técnicamente a los que iban a dirigir la prensa, la radiodifusión, la televisión, el cine y la publicidad, y en la que la inspiración fuera fundamentalmente filosófica y humanística [...]

Había algunas escuelas de periodismo y publicidad, pero su visión era más bien técnica y su alcance muy limitado [...]

El resultado fue la carrera que llamó Ciencias de la Comunicación. Quería que los comunicólogos fueran verdaderos filósofos y que los filósofos encontraran en las ciencias y técnicas de la comunicación humana un cauce propicio para la transmisión y propagación de sus ideas.¹⁶

¿Quién me podría haber dicho entonces que, ocho años después, entraría yo como maestro a formar parte del cuerpo docente de la segunda escuela de Ciencias de la Comunicación del país, que se inició en el ITESO en 1967? ¿Que después de haber enseñado a estudiantes jesuitas latín y griego durante 22 años, llevaría en mi haber 24 años de enseñanza en la carrera fundada por mi hermano?

Y para finalizar, una última pregunta: ¿Quién hubiera sospechado jamás que la fecunda vida académica y jesuítica de José la cortaría de un tajo la muerte, en junio del siguiente año 1961?

16. *Idem.*

1961. Su última agenda

Con esta pregunta en los labios, tomo entre mis manos su agenda del 61. Esta rica fuente de información nos cuenta callada, en sus apretadas páginas escritas con trazos nerviosos, los últimos 92 días de su vida activa y consciente, y nos habla muy quedito del acelerado ritmo cotidiano de sus múltiples y variadas actividades, desde el 30 de enero hasta el primero de mayo.

Necesariamente tengo que echar mano de la agenda para seguir los pasos de mi hermano, porque la comunicación personal y frecuente se había interrumpido desde 1960, fecha en que se me destinó a enseñar latín a los estudiantes jesuitas en Puente Grande, Jalisco.

En extremo tedioso resultaría para cualquier lector el leer transcritas aquí, día tras día, las 13 hojas (92 días), atestadas de compromisos (importantes los más) que iban surgiendo: unos totalmente de improviso, otros previstos con anterioridad.

Para ilustrar, pues, las múltiples actividades de José en los últimos cuatro meses de su vida y el incontenible empuje de su vocación apostólica universitaria, a pesar de su grave enfermedad hepática, clasificaré las notas de su agenda en grupos homogéneos. Confieso que la tarea no es fácil. Son tan numerosas y tan variadas sus ocupaciones que se resisten a una sistematización perfecta. Siento encontrarme ante un imponente volcán en ebullición, a punto de estallar, en el que todo hierve y pugna por brotar porfiadamente. Como si de un golpe quisiera entregar generosamente todo cuanto es, mientras la brevedad del tiempo se lo permite.

Así pues, tras minucioso examen de la agenda, encuentro seis rubros que aspiran a catalogar las tareas más dispares. Enumeraré sumariamente cada uno de ellos.

1. Entrevistas: con el Arzobispo, con ejecutivos, con banqueros, con abogados, y muy frecuentes con su médico de cabecera, el Dr. Ernesto Martínez de Alva.
2. Encargos académicos: contratación de profesores de filosofía, de periodismo, de economía, de teoría de la comunicación, y bibliotecarios. Revisión de programas de psicología del arte, de filosofía, de Relaciones Industriales y de Ciencias de la Comunicación. Asistencia a los exámenes profesionales.
3. Citas en las embajadas americana, francesa e italiana para concertar becas. Con el secretario particular del Secretario de Trabajo y con el de Comunicaciones y Transportes. Otras muchas con colegas jesuitas y seglares.
4. Ministerios sacerdotales: ejercicios espirituales a los alumnos, misas y comuniones a enfermos, matrimonios.
5. Juntas diversas en la universidad.
6. Descanso: generalmente los domingos.

Así corrían sus días, envueltos en este vertiginoso torbellino de trabajo que iba arrebatando progresivamente, jirón tras jirón, la ya escasa salud de mi hermano. La crisis no tardó en tocar a sus puertas.

La segunda intervención quirúrgica

Las notas telegráficas de la agenda de José permiten reconstruir los trozos del camino que lo llevó a la segunda operación.

Ya el viernes, 3 de marzo, se entrevista con el Dr. Ernesto Martínez de Alva, quien tras acucioso examen le manda sacar una radiografía del hígado. Dos días después,

probablemente insatisfecho el doctor de la insuficiente información proporcionada por la placa radiográfica, le pide a José "radiografías", como él anota en su agenda, que entrega esa misma tarde al Dr. Ernesto. El sábado 18 telefona de nuevo mi hermano al doctor para informarle del recrudecimiento de sus molestias hepáticas. Finalmente, el día 22, el doctor toma la decisión definitiva de extirpar la vesícula biliar. Sobremanera me admira que en condiciones de salud tan adversas no altere José en lo más mínimo su diaria rutina de trabajo.

Así llegamos al viernes 24. La agenda conserva una sola anotación lacónica, escrita con la naturalidad de un asunto trivial: "Internación Sanatorio San Ángel". El día siguiente, 25, nos descubre la causa: "12.30, operación del hígado, etcétera."

Del día 26, Domingo de Ramos, al 30, Viernes Santo, el recién operado aún tiene humor bastante, dentro de la monotonía de la vida hospitalaria, para ir anotando diariamente "operado", con su respectiva palomita a la derecha. El Viernes Santo nos sorprende con una noticia importante, preuncio del éxito de la intervención quirúrgica: "Quitó puntadas". La herida ha cerrado felizmente. Por fin, el Sábado Santo, llamado tradicionalmente "de Gloria", se dejan escuchar jubilosas las campanas de la liberación. "5 p.m., salida, D.G." (*Deo gratias*).

El reposo forzado de la Semana Santa ayudó probablemente a rejuvenecer sus ímpetus de actividad y reforzó su energía para atacar con denuedo, el lunes de Pascua, una agenda sobrecargada de compromisos. Sin embargo, José ignoraba providencialmente que los grandes planes que soñaba a los 49 años, el Señor los aceptaba como hechos, y que sólo restaban de su vida 30 escasos días aprovechables.

Esos 30 días abarcan del primero de abril al primero de mayo. Este día su agenda enmudece para siempre.

La tercera intervención quirúrgica

Al llegar a este punto, con gran pena mía, encuentro agotada la fuente principal de información, la agenda de mi hermano, que trataré de suplir en lo esencial con el detallado informe médico del Dr. Martínez de Alva, y me ayudará también de los imborrables recuerdos de la última semana y media, en que no me aparté de su lado hasta que expiró.

No acierto a recordar con exactitud la fecha precisa en que ese inesperado telefonazo de México me notificó la gravedad de José y me ordenó salir inmediatamente, aun a costa de dejar inconclusos los exámenes finales de los estudiantes jesuitas en el juniorado de Puente Grande. José había sido operado escasos días antes, sin que se lograra controlar sus hemorragias casi continuas.

Aquí cedo la palabra a mi buen amigo, el Dr. Ernesto, que describe el origen y proceso de esta última enfermedad en carta reciente, que tengo a la vista mientras escribo estas líneas.

Después de la extirpación de la vesícula (el 25 de marzo), apareció sobre el hemitórax izquierdo, a nivel del cuarto espacio intercostal, una pequeña tumoración de unos tres centímetros de diámetro, sin cambio de coloración en la piel, incolora. Ésta se puncionó, y se extrajo de ella un líquido negro (sangre retenida) que siguió fluyendo. Se tomaron luego estudios radiográficos del tórax, que descubrieron una tuberculina antigua, cicatrizada, que correspondía a la tumoración [?] de la piel. Aún no entiendo cómo se abrió paso hasta la piel.

Ante este cuadro, se recurrió al Dr. Donato Alarcón, especialista en pneumología, quien dictaminó que había que hacer una resección del segmento afectado. Yo estuve de acuerdo.

Mas, por tratarse de cirugía mayor, era menester valorar el estado funcional del hígado, pues sabíamos tenía cirrosis.

El doctor y yo acordamos revisar y valorar los resultados de la prueba hepática, y tomar la decisión del momento oportuno que brindara el menor riesgo para efectuar la intervención.

Pero sucedió lo inesperado. Cuando intenté comunicarme con el especialista, éste ya estaba operando al P. José, sin haber revisado siquiera los datos del análisis.

El resultado fue desastroso: José fue arrastrado sucesivamente por una serie de cascadas cada vez más profundas: sangrado por falta de coagulación, debido a la lesión hepática; mayor daño hepático causado por el mismo sangrado, y finalmente una encefalopatía ocasionada por la anemia.

En esas lamentables condiciones que describe el escueto informe médico del Dr. Ernesto, me iba a encontrar a mi hermano al llegar al Sanatorio San Ángel, en la capital.

Desde el instante en que recibí el urgente telefonazo del P. Socio: "Vente a México cuanto antes, tu hermano José está delicado", los más sombríos presentimientos anidaron en mi mente y dieron alas a mi imaginación. Eterna se me hizo la hora del avión de Mexicana en su vuelo hacia la ciudad. Ni el apacible verdor húmedo de los campos, ni el perderme por momentos en el mundo de ensueño de la blancura deslumbrante de las nubes lograban sacarme de mi lacerante obsesión. "¿Estaré aún a tiempo —me preguntaba— de ver a José con vida? ¿Podrá reconoceme y saludarme?"

Con el corazón angustiado, crucé inseguro el umbral de su cuarto. Me encontré al doctor de pie junto a la cama de mi hermano, y a éste recostado, con el brazo izquierdo extendido y una aguja en la vena. Levanté los ojos. Una bolsa de plástico alimentaba con sangre sus flácidas venas.

Abracé al doctor con mucho afecto y a mi hermano con una sonrisa, al mismo tiempo que agitaba mi mano derecha levantada. Suspiré aliviado. A Dios gracias, aún vivía y estaba en sus cinco sentidos, y él correspondió animado a mi sonrisa. Su gran ánimo y fortaleza sólo fue capaz de arrebatárselos la muerte.

Cuando terminó la transfusión y nos quedamos los tres solos, le preguntó José al doctor:

¿Por qué sentiré la cabeza pesada, como con sueño, si he dormido bien? Quisiera leer un poco y escribir lo que vivo con tanta crudeza en mis sueños. Aunque más que sueños, los siento impresionantes pesadillas que me atormentan y que he tratado de conservar en el papel.

Al poco rato, cayó José en profundo sueño. Ernesto aprovechó la oportunidad para explicarme con calma la causa de sus fatales pesadillas y de la somnolencia dominante:

Padre, no se extrañe usted de lo que José está sufriendo. Su organismo está muy debilitado, sus fuerzas escasas, y es ya incapaz de controlar el curso de su imaginación, que se desboca por los caminos más inverosímiles. Y ese sueño pegajoso —me da mucha pena decírselo— es el principio del fin. Es el inicio de un coma hepático, del que lucha por librarse su hermano.

Calló el doctor. Mientras tanto yo seguía escuchando en mi interior, con el corazón estrujado, su penúltima frase: "es el principio del fin". Me quedé frío. "Pero tengo que aceptarlo con resignación —pensé— porque tanto en la vida como en la muerte somos del Señor."

Días después me entregó el Rector de la Ibero, P. Carlos Hernández Prieto, una hoja de máquina doblada por la mitad. Con trazos angulosos y deformes de un pulso mortecino dejó José su última comunicación ¡fallida! Frases ilegibles. Pálido remedo de la terrible angustia con que atormentaban sus sueños horrendas e implacables pesadillas. Muchas horas gasté, los codos sobre la mesa, tratando de descifrar lo indescifrable. Tarea vana e imposible. Su pulso no obedeció ya sus órdenes. Lo había perdido para siempre.

Una mañana (me dispensan, pero perdí la noción de calendario), me encontraba solo con mi hermano, ambos en silencio. Como a las 11 a.m. se abrió la puerta y entró la enfermera. Venía a cambiar la ropa de cama, al ritmo de las hemorragias. Comenzó sola su tarea, pero en un momento dado me pidió ayuda. Tomé el extremo de la sábana que me alargó y descubrí la espalda de mi hermano. Fue una instantánea. Una sangrienta herida, como un surco, bajaba casi desde el hombro izquierdo, hendiendo las costillas. Sentí desvanecerme. Notó ella mi palidez de cadáver y me ordenó al punto con voz firme: “respire hondo, profundo y siéntese”.

Jamás imaginé, hasta que lo vi con mis ojos, lo extenso y profundo de la operación. Entonces admiré todavía más el temple de acero y de jesuita de José, que soportó con tanta serenidad y dominio tan dolorosa y prolongada carnicería.

Por desgracia, el escalpelo del cirujano no descansó en su sangrienta tarea. Las hemorragias no cesaban, ni tampoco las correspondientes transfusiones de sangre. Los doctores estaban perplejos, estudiando el complicado caso con instinto de detectives.

“Se procedió –refiere en la ya citada carta el Dr. Martínez de Alva– a tener interconsultas con médicos del Instituto de Nutrición, y se aplicaron todos los recursos [...]”

La última operación

Se planeó entonces una segunda intervención, a los pocos días de la primera. Se imponía repasar minuciosamente la anterior para asegurarse de que todas las suturas se habían hecho con el mayor profesionalismo. Así se cegaría la fuente de las hemorragias, en caso de haberlas, y se abriría el camino seguro a una sólida recuperación. Pero en esta riesgosa coyuntura sería mortal aplicar anestesia. El hígado no la toleraría más. No quedaba, por tanto, otro camino que operar a sangre fría. Y así se procedió. ¡Qué escalofriante fortaleza de José el aceptar y tolerar con serenidad el nuevo tormento! ¡Y sin ningún paliativo!

La operación se realizó por la tarde. Tanto el corredor de la planta baja, que daba al quirófano, como el de la planta alta, donde yo estaba, cerca del cuarto de mi hermano, cobraban vida con el murmullo discreto de grupos de jesuitas, maestros y alumnos de la Iberoamericana, que se habían congregado para esperar con ansia el resultado de la intervención. Se respiraba en el ambiente la gran estima y afecto que sentían por él, como maestro, sacerdote y amigo.

Se alargó la expectación. Por fin, ya en la noche, cerca de las 8 p.m., se abrieron las puertas del quirófano y fue apareciendo una camilla con un José, operado por segunda vez. Dibujaban sus labios una leve sonrisa, como queriendo corresponder a los saludos de tantos sinceros amigos y tratando de encubrir sus intensos dolores.

Tras esta última operación el descenso fue rápido. Las hemorragias continuaban. El sueño, prenuncio del coma hepático, fue invadiendo cada vez con mayor frecuencia las horas del día. Unos tres días antes de su muerte, lo hundió para siempre en las profundas sombras de la inconsciencia. Las últimas palabras que le oí decir iban dirigidas al Dr.

Ernesto: "Doctor, este sueño molesto que no me deja hacer nada. Ni leer, ni escribir".

Su muerte

El desenlace final sobrevino de improviso durante la placidez del sueño. Sentí en el alma no haber estado con él en ese momento solemne. Pero no hay profetas que pronostiquen el futuro. Ese día, como los anteriores, lo había pasado junto a su cama con mis dos hermanos, Felipe y Roberto. Orábamos a Dios por él, y a ratos comentábamos el importante papel que por su autoridad había desempeñado en la familia.

Cerca de las 3 p.m., se presentó de improviso el P. Carlos Hernández Prieto, Rector de la Ibero, y muy amablemente nos preguntó si ya habíamos comido. Le contesté que no. "Vengan conmigo -nos dijo-, el coche está en el estacionamiento y la casa no queda lejos. Tendré mucho gusto en acompañarlos en estos momentos tan dolorosos. Yo también me incluyo, porque hemos perdido un gran jesuita".

Al regresar al hospital después de la comida, a punto de bajar del coche, se adelantó a mi encuentro el Lic. Reyes Ponce. Tratando de evitarnos una impresión grave y repentina, nos previno con profunda pena: "Padre, siento mucho que usted y sus hermanos estuvieran ausentes. Les tengo una triste noticia. El P. José acaba de fallecer". Eran las cuatro de la tarde del domingo 18 de junio de 1961.

Al funeral del día siguiente acudieron sus compañeros jesuitas, amigos y familiares. La misa la celebré en la cripta de los jesuitas en el panteón de Dolores, donde se conservaron largos años los restos del P. Miguel Agustín Pro.

Acabas de leer, estimado lector, los recuerdos que aún atesora mi flaca memoria de un jesuita cabal, de un amigo fiel y sincero, de un hermano creador de concordia, de paz y buen humor, y finalmente de un filósofo distinguido por su saber, por su profundo sentido humano y su innata modestia.

José Sánchez Villaseñor, S.J. (1911-1961)

Notas biográficas

Se terminó de imprimir en junio de 1997
en los talleres de Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.,

Libertad 1471, C.P. 44100,

Guadalajara, Jalisco, México.

La edición consta de 500 ejemplares.

Cuidado de edición: Hilda Elena Hernández

Corrección: Héctor Guzmán

Diseño: Hattie Ortega

Tipografía y formación: Laura Michel

Edición a cargo de la Oficina de

Extensión Universitaria del ITESO,

tel.: (3)669-3480, fax: (3)669-3481.

